

Los breves días

Eduardo Villegas Guevara

COLECCIÓN EVOCACIONES / CUENTO

CULTURA *Fam*



Los breves días

Eduardo Villegas Guevara

Los breves días
© Eduardo Villegas Guevara
Primera Edición 2020

ISBN: 978-607-8452-57-6

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Lic. Sandra Luz García Guajardo
*Directora General del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Fotografía del autor:
Jeanne Enríquez Salgado

Derechos exclusivos de la presente edición
reservados para todo el mundo.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y
C. Gaspar de la Garza N° 421, Zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C.P. 87000
Tel. (834) 315 29 77

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, viñetas e iconografías, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin consentimiento por escrito del editor.

La respuesta a la convocatoria hecha a los escritores tamaulipecos para participar en las publicaciones del Programa Editorial Tamaulipas 2020, se plasma aquí con particular claridad y contundencia, características propias de la palabra elevada a la calidad de arte.

Diferencia sustantiva que distingue al ser humano de otros seres, es el uso de la palabra para compartir su sentimiento y la visión del mundo. Prueba clara de ello son los textos de quienes en esta colección hacen del lenguaje escrito fotografía de vidas y almas.

Este esfuerzo que llega a buen puerto conducido por el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, confirma la vocación de una sociedad por la cultura y expresión artística.

Asimismo, refrenda el compromiso y la convicción de un gobierno que entiende que el cambio de fondo tiene su esencia en la riqueza espiritual y el saber de las personas.

Esta colección literaria que ofrece el Gobierno del Estado de Tamaulipas busca no únicamente promover el extraordinario talento local, sino, además, estimular la lectura, forma superior de la civilización universal para adentrarse en el alma de los seres humanos y sus pueblos.

Fortalecer el interés por la lectura, fortalecerá el necesario proceso de cambio en el gobierno y la sociedad. Una persona que lee es una más capaz de escuchar, entender y debatir en la paz las ideas de los demás.

Enhorabuena, creadores tamaulipecos. Gracias por compartir en estas páginas su ser y hacer.

La lectura y el cambio están unidos en Tamaulipas.

Lic. Francisco García Cabeza de Vaca
Gobernador del Estado

El Gobierno del Estado de Tamaulipas, a través de Cultura Tamaulipas, tienen como uno de los ejes principales de la renovada Política Cultural, el fomento al libro y la lectura. Es así como desde el inicio de este sexenio se ha buscado propiciar los espacios para que las voces y los sueños de las y los escritores Tamaulipecos, por medio de la palabra escrita, puedan encontrar una vía para la publicación de sus obras.

Por ello, la labor editorial se vuelve fundamental para dar a conocer y al mismo tiempo salvaguardar la riqueza de nuestra tradición literaria. Los textos que conforman las distintas colecciones son un reflejo del momento en que las historias fueron concebidas, pero también conservan los ingredientes narrativos que las vuelven contemporáneas de todos los tiempos.

En definitiva, tocará al lector concluir este diálogo abierto con cada una y cada uno de los autores de estas obras, enriqueciendo desde su mirada la experiencia de la lectura y encontrando en ella, los rasgos afines que nos identifican como Tamaulipecos.

Lic. Sandra Luz García Guajardo
Directora General de Cultura Tamaulipas

A

Natalia Villegas López

*Cuya dulzura se adentró en mi corazón,
siendo, sin duda, una auténtica tamaulipeca.*

VUELTA AL LUGAR DEL CRIMEN

Volver al lugar del crimen, al salitre, al lodazal.

Arrojar los dados

y esperar que el olvido traiga su borrón y cuenta nueva.

Volver a trazar la imposible simetría del rectángulo,

norte sur/terra cielo.

Y con manos de niño jalar los cobertores hasta arriba.

Hacer la noche en la asfixia para que se vaya el muerto,

para que no nos vea.

Acurrucarse, hacerse ovillo, bolita/óvulo.

Estar en el origen.

Volver al lugar.

Rolando Rosas Galicia, en *El ruido de la infancia* (2008)

PRÓLOGO

Los breves días de Eduardo Villegas Guevara

“La hembra del gigante sabía perfectamente bien que su compañero no tenía por qué escribir en esas enormes hojas cuánto la quería, únicamente le parecían sinceros y ciertos los signos que trazaban sus enormes labios al besarla antes de dormir (Villegas, 2020, p. 51)”. De igual modo, resulta la relación amorosa que tú, Eduardo Villegas, sostienes con la escritura, tanto en tu editorial, *Cofradía de Coyotes* (2007 —creada con el dinero obtenido por la Presea Estado de México en Artes y Letras “Sor Juana Inés de la Cruz”, 2005—) con trece años de vida, como en tu obra literaria: sincero, constante y amoroso.

Eduardo, tú “eres un duende rebelde de la noche que naciste cuando dos de tus lágrimas chocaron. Cuando el viento adopta tu imagen, tu tristeza se diluye (Villegas, 1999, p. 28)”, porque “contemplas el pubis de la niña y la

hermosura de su cuerpo que le falta un crespón a su sexo. Su aroma embriagador dota a los hombres de frenesí y a las mujeres de locura, se sienten más bellas y seductoras, pues la mezcla de embriaguez y sexo te inunda todas las noches (Villegas, 1996, p. 81-82)”. De ellas aprendiste una ley vital y sabia: “hay miradas encadenadas eternamente a la carne que nos mantienen en el mundo (Villegas, 1996, p. 60)”.

Por tus estudios y disciplina, posees más de treinta libros publicados, eres un escritor prolífico y reconocido en México y en tu amada Colombia. Tu obra literaria abarca la dramaturgia, con más de seis obras de teatro, la poesía, de los cuales conozco siete, de narrativa infantil sé que cuentas con más de quince libros, narrativa policiaca que tanto frecuentes, tienes de momento siete novelas cortas y espero que algún día cercano publiques las novelas largas. Finalmente, tendría que mencionar tus cinco libros de relatos. Tienes una pluma constante y que se adentra en diversos géneros. Por tu obra literaria obtuviste varios premios: en 1987 el Premio de Testimonio con *Las orillas del asfalto*; en 1988 el Primer Premio Estatal de Novela Corta con *El misterio del tanque*; en 1989 en la UAT; en 1990 el Premio Nacional de Literatura “Gilberto Owen” en cuento con *El Blues del Chavo banda*; en 1991 el Premio de Dramaturgia “Óscar Liera” con *El despertar de los siete magníficos*; en 1998 Premio Estatal de Literatura del Centro Toluqueño de Escritores; hasta llegar a la Presea en Artes y Letras del Estado de México, en 2005, por tu

trayectoria literaria de más de 25 años. Además, ejerces la docencia en la Universidad Autónoma Chapingo y en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Naciste, Eduardo Villegas, en 1962 en Palmillas, Tamaulipas, allá están tus raíces y, como buen coyote silvestre, siempre regresas al origen de tu semilla, como nos sucede a todos los pueblerinos. Confiesas, en 1992 al reportero Leonel Robles, tu origen tamaulipeco (Villegas, 2013, p. 34): “yo vengo de provincia. Vengo de un ambiente donde la visión del mundo es diferente a la de un chavo de Neza. Yo siempre me he sentido tamaulipeco, tomando en cuenta mi provincianismo y los veinte años que viví en Neza”.

Viviste tu adolescencia en Nezahualcóyotl, colonia Vicente Villada, pero como creaste la editorial, *Cofradía de Coyotes*, tus amigos te consideran el Coyote Mayor. Tú formaste parte de los migrantes que fundaron Ciudad Neza, allí te criaste y viviste tu juventud, por eso aseveras al reportero Luis Ramírez (Villegas, 2013, p. 37): “yo anduve en los aguaceros y lodazales, en los tianguis y las broncas, en los cines de Neza. Vi cómo creció Ciudad Nezahualcóyotl, desde los llanos hasta ahora que está tremendamente poblada. Asistí a su conformación”.

El origen de tu escritura, reflexión y sarcasmos se remonta a tus vivencias allí. Confiesas al reportero Javier Aranda Luna, en 1988 (Villegas, 2013, p. 35): “ver la colonia tan jodida, saber que al día siguiente no tenía ni para el camión para ir a la escuela, me fue produciendo

do mucha tristeza, un llanto interno muy fuerte que me orilló a escribir en mis cuadernos escolares. Escribir era una especie de terapia, de catarsis, pues echar en el papel el mundo interno y el externo que me parecía insopportable me hacía sentir menos mal”.

La parte más extensa de tu escritura, corresponde a la narrativa: literatura infantil, novela policiaca y cuento. Tu primera novela, que inaugura la zaga policiaca de siete relatos, es *El misterio del tanque* (1988), mismo que obtuvo el Premio Estatal de Novela Corta “Carlos González Salas”, un gran escritor que admiras por su labor infatigable en pro de la historia y las letras tamaulipecas. Allí aparece por primera vez tu personaje, Eddy Tennis Boy, un detective de veinticuatro años, sumido en la pobreza de Neza, que disfruta la amistad, la música y el erotismo.

Trabajas el cuento realista, pero también el fantástico, en *Los senderos laterales* (2008), y surrealista, en *La noche de la desnudez* (1996), lo mismo que en *El Juego de los gusanos* (1987), tu primer libro, orgullosamente tamaulipeco, con el que obtuviste el IV Concurso Estatal “Juan B. Tijerina”; en todos integras frases poéticas que dan luz y fulgor a tus textos. Recreas la atmósfera medieval o de claustrofobia, y las vinculas con temas universales: el amor y la libertad. En ellos integras cuentos medievales, bien logrados, en los que mezclas el misterio y el tema romántico.

La noche de la desnudez me cautivó por sus comparaciones, descripciones líricas y metáforas poéticas, como és-

tas: “lloré porque las caricias se me pudrían en las yemas de los dedos sin dárselas a mi compañera, puesto que la había perdido. Cuántos besos se me suicidaron en los labios. Viví situaciones que apenas ahora voy abandonando, como costras secas cayendo de una vieja herida (Villegas, 1996, p. 21)”. Además, tus frases filosóficas: “intuí que la realidad también tiene espejos y que nuestros ojos son torpes para mirar lo falso de nuestras visiones. [...] Cuando uno carece de palabras para decir las cosas que ha vivido, es mejor quedarse callado. Así el silencio puede recrear aquellos mundos que no dejan de estar en éste. [...] ¿Acaso se puede aceptar que el amor se dé una sola vez en la vida? No, me resulta imposible aceptarlo (Villegas, 1996, pp. 9, 13 y 19)”.

Los relatos de este libro, por tus comparaciones y metáforas, ya anuncian al poeta que guardas en tu interior y que mostrarás en tu obra poética del 2007 al 2013. Si en esta obra te centras en fantasmas y misterios medievales, en el siguiente libro, *El anhelo del duende* (1999) desbordas la libertad, fantasía poética y suspenso.

Años más tarde, confiado en tu preparación con Alejandro Aura y la sana convivencia con otros poetas, das rienda suelta a tu poesía amorosa en tus libros: así publicaste *Nace Gatatumba*, en Medellín, Colombia, como homenaje a José Asunción Silva y a tus amigos colombianos; *Tres veces Gatatumba*, que te editó el generoso Víctor Roura, hasta llegar a *Gatatumba, Ínsula de soledad* (2013) que te publicó Manuel Pérez Petit, ese afanoso poeta y editor

español que todavía le apuesta a la poesía. Allí demuestras que la amistad y el amor, la vida y el recuerdo nos duelen. En él, cual viejo decrépito, rememoras la belleza perdida de la joven amada: sus caricias, placeres y recuerdos que guardas en la memoria de tu piel: “llueve sobre mi corazón que te espera, / y tu carne herida está en mis manos. Siempre serás joven y bella, tibia y fresca / mientras yo envejeceré ante tu risa tierna”. (Villegas, 2013, pp. 29 y 32)”.

Todo este recuento es porque en éste tu nuevo libro, *Los breves días* (2020), abordan la madre tierra y recuperas los dos grandes amores de tu vida: Palmillas, Tamaulipas, que te vio nacer, escuchó tu primer llanto y guardó tu cordón umbilical, de donde emigraste a los siete años hasta la Ciudad de México; y la tierra que te dio abrigo, amigos y amores en tu juventud: ciudad Nezahualcóyotl; antes de que migraras a otra nueva tierra: Texcoco.

Los cuentos de este nuevo libro los ubicas en el mar, el pueblo y campo de Tamaulipas. Nos narran tu recién llegada a la Ciudad de México —de siete años— y tu arrobamiento por la gran variedad de comidas, el mundo mágico infantil, tu juventud diurna y nocturna pasional en Ciudad Nezahualcóyotl-Salitre. Los personajes que habitan tus páginas provienen del pueblo: el viejo Clodomiro, el gigante escritor y amoroso, los pueblerinos que llegan a la capital en busca de sustento, el joven enamorado y el borrachito, la pandilla de jóvenes pobres, el futbolista y la magia del balón. Y, sobre todo, estos personajes femeninos que nos entregas con

gran fidelidad y que nos estremecen siempre, porque para ti el corazón de la mujer seguirá lleno de misterios.

Nuevamente, como en tus obras anteriores, empleas un lenguaje coloquial, pulido y cariñoso, utilizas frases que demuestran la filosofía que rige tu vida: “Sí, yo tenía una mujer, pero se fue. Igualito que se va la vida. [...] la vejez no es un asunto de vida prolongada, sino de un olvido largo en que nos tiene la muerte. (Villegas, 2020, pp. 28 y 56)”; las frases poéticas: “Nunca más volví a saber del viejo Clodomiro, hasta ahora que se ha incrustado en mi memoria para hablarme con terquedad del paso del tiempo. [...] Casi siempre llegaba mi mamá y su cansancio en un camión de andar lento (Villegas, 2020, pp. 56 y 62)”; y amorosas: “tú y yo nos amamos bajo la sombra de un viejo árbol. Desde entonces sabemos que el porvenir se construye con sonrisas (Villegas, 2020, p. 58)”.

Eres un autor jovial, alegre y amoroso, como lo demuestra esta cita: “Yo tuve una mujer que debajo de la lengua le brotaba miel. Sus ojos eran como entradas al abismo. Su boca como una veredita sin final, por la cual se podía caminar y caminar hasta que la oscuridad llegase (Villegas, 2020, p. 27)”. Esta cita nos acerca al final de esta presentación, acerca de tu nueva obra, estimado Eduardo (Eddy) Villegas Guevara; cierras un ciclo literario al volver a publicar gustosa y orgullosamente en Tamaulipas. Seguramente, emprenderás otros derroteros, como lo hiciste hace más de tres décadas, al debutar como escritor en tu estado natal.

Para terminar, querido lector, te dejo en los brazos cálidos de estas hojas sembradas de palabras, con las frases coloquiales y afables, pero líricas y sabias de estos relatos amenos de Eduardo Villegas Guevara. Él nos demuestra que su escritura sincera se parece a “los signos que trazan los enormes labios” al besar a la amada antes de dormir (Villegas, 2020, p. 51).

Felipe Sánchez Reyes

Fuentes consultadas

- Villegas Guevara, Eduardo (1996). *La noche de la desnudez*. México: CNCA.
- (1999). *El anhelo del duende*. México: Instituto Mexiquense de Cultura.
- (2006). *Las aventuras de Eddy Tennis Boy*. (Semblanza del autor de Rigoberto Hernández). México: Nueva Imagen.
- (2008). *Los senderos Laterales*. México: Cofradía de Coyotes.
- (2013). *El regreso de Eddy Tennis Boy* (Prólogo de José Luis Herrera Arciniega). México: FOEM.
- (2013). *Gatatumba, Ínsula de soledad*. México: Sediento Ediciones.
- (2020). *Los breves días*. México: Programa Editorial Tamaulipas. ITCA.

PRIMERA PARTE

RECUERDOS BAJO LA NOCHE



El borrachito del camión

El borrachito iba sentado en un camión. A través de la ventanilla las fachadas de las casas iban quedando atrás, sembradas por la orilla de la calzada. En el fondo de sus ojos, el borrachito sólo veía paredes de mil colores. Al cansarse de tanto silencio, dejó de mirar por la ventanilla y, después de exhalar un suspiro en el cual naufragaban los restos de su cansado corazón, se puso a platicar con los fantasmas de sus sueños.

—Yo tuve una mujer que debajo de la lengua le brotaba miel —hizo una pausa, como para saborear el sabor de antaño y prosiguió—. Sus ojos eran como entradas al abismo. Su boca como una veredita sin final, por la cual se podía caminar y caminar hasta que la oscuridad llegase. Sí, yo tenía una mujer y vivíamos en una casita de fuertes paredes, levantada con tabiques y recubierta con cemento. Era una casa de esas que no se caen, aunque los lobos

soplen con todas sus fuerzas. Sí, yo tenía una mujer, pero se fue. Igualito que se va la vida.

Después de mirarlo varias veces, vi que la cara del borrachito era redonda y morena, con una barba de puerco espín. El pelo lo traía cubierto con una gorra de beisbolista. Llevaba, además puesto un saco a cuadros y debajo una playera color verde, un pantalón de mezclilla —tiznado por todas partes— que le quedaba rabón, unos tenis sudados completamente y, desde luego, los calzaba sin calcetines... Seguí observando y escuchándolo sin mirarlo de frente, pues tuve miedo de que me dirigiera la palabra.

—También tenía mis ojitos verdes, tan verdes como dicen que son las esmeraldas. Gracias al color de mis ojos, me trataron como si fuera un angelito. Una caricia por aquí, un besito por allá y un cariñito antes de abandonar a las personas que me apreciaban. Claro que existían los envidiosos y para ellos era sólo un cegatón. Ni modo, ahora ya no tengo mis ojitos verdes.

Mientras su boca se inundaba de silencio, se puso a mirar el rostro de los demás pasajeros. No tuvo ninguna dificultad para descubrir que hablaba inútilmente, pues aparentemente nadie le prestaba atención. Entonces, sacó una botellita de tequila de la bolsa de su pantalón y estuvo acariciándola durante un momento. Luego, como si la botella de vidrio lo entendiera, le preguntó:

—¿Verdad que sí, botellita? ¿Verdad que yo tenía mis ojitos verdes? Pero, cuando se fue mi mujer, de tanto llorar se me despintaron.

La botella tampoco le contestó y después de echarse un trago, el borrachito comenzó a contar su historia desde el principio. La narraba con la misma intención de siempre, aunque la gente no lo escuchara. No se le escapaba ningún detalle, pues sus oídos requerían el recuerdo de sus días felices. La indiferencia de los demás, después de tanto tiempo, era lo de menos para él.

Los imposibles tacos de ojo

Para decidir si emigraba con mi familia a la capital del país o si, como el resto de la parentela, jalaba para el Norte, sólo tuve un argumento: la comida. En la radio se anunciaban tantos productos que uno se deleitaba el paladar con esos manjares. Algún día, sí, algún día, llegarían a mi boca y los masticaría lentamente. Por televisión nunca tuve tanta predilección ni sufrí el bombardeo publicitario, porque en el rancho sólo había dos aparatos. Mi madre se las ingeniaba, pero no podía inventar tantos pretextos para visitar a las familias adineradas de Palmillas, así que su chamaco no siempre pudo sentarse a mirar la teve con los demás vástagos de la casa. Oh, maravilla de maravillas, se distinguían seres pequeñísimos que cantaban y hablaban —aunque todo era en blanco y negro— detrás de una pantallita de cristal. En esa cajita maravillosa también anunciaban succulentas cosas para comer. Así que esa fue mi razón principal para apoyar a mis padres en su decisión

de mudarnos a la capital: hummm, me saboreaba yo, qué gran cantidad de alimentos se me atravesarán en el camino.

Una mañana sumida entre la neblina entramos a la Ciudad de México. En efecto, la capital olía a comida. Apenas abandonamos la terminal de autobuses, nos recibió el humo del carbón y un enorme bote de tamales. Pegaditas al anafre, se encontraba un par de ollas: una con el champurrado y otra con el arroz con leche. Otros puestos ofrecían atoles de fresa, vainilla y, aquel que siempre ha sido mi favorito, atole de guayaba. Como era de esperar, por la claridad de mi anhelo y por la mirada que tenía concentrada en esos vendedores, mi padre nos acercó a ese sitio de bienestar popular, con mochilas y demás pertenencias. Yo inicié mi tarea con gusto. Aunque debo decir que la enorme cantidad de masa me desconcertó por su tamaño, sobre todo porque el maíz estaba molido de manera distinta a la que se acostumbraba en mi rancho: en mi pueblo la masa era de polvo fino y aquí granulada. También me sorprendió que tuviera más salsa que carne. Mi lengua se perdió entre ríos de salsa y sólo al final, como para que el pueblerino no perdiera la ilusión forjada sobre los manjares de la capital, surgió un lindo y estremecedor trocito de carne de cerdo. En ese entonces se decía: ¡Arriba y adelante!, por todas partes. Así que, ciegamente, obedecí al jerarca de la nación. Desde entonces puedo aseverar que el atole de guayaba es casi divino y que los tamales se convirtieron en parte central de mi existencia.

Mi hermana toda amodorrada, apenas llegó a media porción de su tamal de dulce. No estaba mal su pieza y, además, era de colorcito rosa. Claro, las pasas eran escasas y apenas tenía una tirita de piña en almíbar. Quizá por eso no se lo comió todo; no le pareció nada bueno. A mí tampoco, aunque no era honesto mi juicio: ya me había refinado mi tamalito de salsa verde y mi atolito y estaba feliz por haber llegado a la ciudad. Mis padres me vieron contento, con la barriguita inflada al máximo: mi pequeño vientre se convirtió en el recipiente milagroso de un rancherito glotón que se mostraba satisfecho. Aun así, de pasadita me advirtieron: —Prepárate, todavía falta algo mejor; luego probaremos los tacos y las tortas. Sólo los escuché y me quedé pensando en la dichosa existencia de la felicidad. Total, que todos satisfechos y contentos, proseguimos hacia la vivienda que ocuparíamos en la capital.

Y llegó la gran noche de nuestro debut —apenas un par de días después de nuestro arribo— como comensales en una taquería. Contaba con una carta muy amplia de tacos y con un espacio muy iluminado. Anaqueles de colores, gracias a los refrescos de distintos sabores, carreras de los meseros con sus delantales y sus charolas, entregando los pedidos y un pequeño block con las comandas para tomar la orden. ¿De dónde saldrá tanta gente? ¿Y por qué tendrán tanta hambre? ¿Y de dónde vendrá tanta comida? Bueno, esas fueron algunas dudas de mi primera vez en una taquería y las repito como algo meramente ilustrativo. Así

comenzaría mi larga carrera de comedor de tacos (de mi encuentro con las tortas hablaré en otra ocasión). Revisé la carta con el listado de tacos y sus precios, por orden y por taco, más las bebidas —cervezas, jugos, aguas, refrescos y ¿tepache?—. Bueno, me incliné por lo extraño, por algo que no tuviera relación con mis alimentos cotidianos: un tepache y dos tacos de ojo. De ahí provino mi error. Recuerdo claramente que el mesero me preguntó si los deseaba picados o enteros. Como era un gran desconocedor de la taquiza mexicana, recuerdo que se los pedí enteros, sin titubear siquiera. ¡Acaso mis padres no estaban mirándome para constatar la barbaridad que haría su primogénito! Nunca lo supe. Me incliné ante el popote y probé por primera vez el tepache. No estaba nada mal y, seguramente, los tacos tampoco atentarían nada en contra de mis placeres alimenticios. Unas tres carreras más del mesero y, por fin, volvió a nuestra mesa a repartir lo solicitado. Depositó, delante de mi hambre, un plato de plástico con un par de tacos. Las tortillas eran enanas —algún día los invitaría a mi rancho para que vieran lo que era una señora tortilla—. Así que agarré una rodaja de limón y la exprimí sobre mi taco. En ese momento, el ojo de mi primer taco giró un poco y vi clarito cómo le cayeron encima de su pupila las gotas de limón. Me imaginé el ardor del animal y hasta yo cerré los ojos ante tanta desazón. Luego, le puse salsa roja y otra vez el sufrimiento de ese acto recayó en mi alma.

¡Ánimo! ¡Valor y que un taco de ojo no te amedrente! Después de rociarlo con un poco de sal, lo envolví y lo puse a la altura de mi rostro y... Ahí estaba el ojo de mi taco, mirándome fijamente, lloroso por el jugo de limón y un tanto enrojecido por la salsa. Y por primera vez, la capital del país me puso en uno de tantos dilemas que me pondría en los años venideros. Era mi hambre o mi arrepentimiento de comerme un taco de ojo. Hice dos intentos por llevarlo a la boca. Dado que el ojo no dejaba de mirarme, decidí ser yo el que cerrara los párpados. Ya no hubo un tercer intento, porque el tiempo siguió acomodándose en nuestra mesa. Mi padre, comprendiendo la situación, me pidió un par de tacos campechanos —suadero con longaniza— y me ayudó a desaparecer ese par de tacos. Prometí no volver a pedir nada que se le pareciera y pueden estar seguros que hasta la fecha he cumplido. Han pasado por mi paladar desde chinicuiles hasta chapulines, pero de aquellito de veras que ya no he vuelto a pedir. A lo mejor me los he comido sin yo saberlo, pero, para mí, los únicos tacos imposibles de saborear, han sido y serán, los tacos de ojo.

La magia del cuero viejo

La primera vez lo imaginamos nervioso porque era su primera convocatoria en la selección. La decisión del técnico no sorprendió a nadie, pues durante tres temporadas Ángel Guevara estuvo compartiendo el liderato de goleo y superó con mucho a los artilleros extranjeros. Jugamos cinco partidos amistosos y, por fin, ahí estábamos cumpliendo la primera cita internacional. Todos alegres y con el traje oficial de la selección, viendo cómo aparecían por la banda el resto de nuestros equipajes. Y él estaba nervioso, observando la salida del equipaje y en espera de sus maletas, sobre todo una maleta más pequeña que había llevado y que no aparecía. Y cuando la banda quedó vacía, él nos comentó apesadumbrado: “No salió”. Enseguida se dirigió a las autoridades del aeropuerto a preguntar por la maleta extraviada. Ellos iniciaron una búsqueda lenta pero eficaz y concluyeron que, en efecto, la maleta estaba registrada, pero que se había extraviado. Manejamos tal volumen de

maletas y paquetes, que resulta imposible entregar todo. Sin decirnos qué contenía su maleta, comenzó a mover la cabeza y enseguida comenzó a lamentarse entre puros murmullos.

—¡Mejor la hubiera subido como equipaje de mano!

Su nerviosismo lo achacamos entonces que iniciábamos la fase eliminatoria para el mundial. Además, sería su primer partido oficial con la selección. El encuentro se celebraba en otro país y, como siempre, la afición jugaba a favor del equipo local. En conclusión, participó medio tiempo y todo le salió mal. El entrenador lo sacó del juego, pero Ángel Guevara no protestó. El resto del encuentro, lo vimos en la banca, desinteresado en el desarrollo del partido y ni siquiera se alegró cuando el marcador quedó a nuestro favor. Regresamos a nuestro país y seguía apesadumbrado. El entrenador confiaba en sus habilidades y el resto del equipo necesitaba un goleador de pies virtuosos como los suyos. Cuando concluyó la concentración del equipo, el DT le aseguró que sería convocado para la siguiente fase de la eliminatoria.

—Así que domina esos nervios para el próximo encuentro —le dijo.

—Ahí estaré, si encuentro mi maleta —dijo, pero como teníamos los primeros tres puntos del torneo, prestamos poca atención a su maleta.

Transcurrieron tres semanas y, en ese lapso, recuperó su maleta. Como el resto de nosotros, se reintegró a su

equipo y jugó dos partidos de la liga y lo hizo de manera exitosa. Cuando nos concentramos de nuevo, el entrenador lo recibió con entusiasmo, pues todos sabíamos que era el artillero que necesitaba nuestro equipo.

—Espero que sus nervios hayan quedado en la historia.

—No soy una persona nerviosa —dijo él y se integró al entrenamiento después de acariciar con gran ternura la pequeña maleta que traía al hombro.

Luego llegó la fecha del viaje y lo vimos subir al avión con esa misma maleta colgada al hombro y, cuando llegamos a nuestro destino, salió con ella. El encuentro fue muy disputado y el marcador se mantuvo parejo casi todo el encuentro. Salimos con el triunfo gracias a una genialidad de sus botines. A nuestro retorno, la prensa elogiaba su gol y cuando lo entrevistaron, él aseguró que el equipo de todos, el representativo de la nación, clasificaría a las siguientes rondas. Todo esto lo dijo de forma mesurada y en todas las fotos que se publicaron, Ángel Guevara aparecía siempre con su maleta el hombro.

Desde entonces nos acostumbramos a verlo con su maleta para arriba y para abajo y, desde luego que terminó por llamarnos la atención. Seguro lleva ahí su amuleto de la buena suerte, dijimos pensando en algo supersticioso. Entre nosotros, quien más quien menos, tenemos nuestras manías secretas. Unos llevan una medalla bendita al pecho, otros una camiseta bordada por un familiar, no faltan los

que ponen los botines bajo el rocío de la madrugada y no sé cuántas cosas más. Claro, todo esto sin dejar de entrenar y siguiendo las indicaciones del médico, del masajista, del psicólogo, del entrenador y hasta de los comentaristas de las cadenas televisoras. En una comida alguien propuso averiguar qué cargaba en la maleta. Claro que su compañero de cuarto se negó a hacerlo, pues la maleta siempre estaba al cuidado de su dueño y no quiso tomarse el atrevimiento de esculcar sus pertenencias. Si algo tiene nuestro grupo es que hay un respeto a prueba de balas; bueno, de balonazos, pues no somos vaqueros, pero sí futbolistas. Total, una mañana su compañero le preguntó de manera casual por el contenido de la maleta.

—Sólo traigo los botines y un balón pintado con los colores del mundial. De ahí en fuera, sólo queda espacio para las calcetas, unas espinilleras y, a veces, un par de vendas para los tobillos.

Como nada de eso podía ser un amuleto o cosa parecida, olvidamos el asunto y seguimos en el torneo eliminatorio. A veces salíamos del país o jugábamos en casa, pero él continuaba como líder goleador, con cinco tantos arriba de los demás rompe-redes. La prensa deportiva se interesaba mucho en entrevistarlo y no lo dejaba tranquilo cuando jugábamos como locales. En aquel partido ganamos contundentemente y él contribuyó con dos bellos goles. Al término del encuentro, mientras la prensa nos entrevistaba a la orilla de la cancha, muchos aficionados

nos solicitaban autógrafos o algún recuerdo del equipo. Así como intercambiamos camisetas con nuestros rivales, se nos hizo fácil obsequiar parte de nuestro atuendo. Nuestro goleador comenzó a regalar las espinilleras, las calcetas y casi todo lo que traía en su maleta. Solo dejó el balón mundialista en el interior de la maleta y enseguida lo llamaron para entrevistarlo por su destacada participación en el encuentro. Al terminar la entrevista, volvió por su maleta y, entonces, se esfumó su alegría porque la encontró vacía.

—¿Alguien tomó mi balón? —preguntó con la maleta abierta.

—Fui yo —dijo el entrenador—; estaba tan feliz con el triunfo y, como te vi regalando tus cosas a los aficionados, pensé que podía regalar también el balón.

A nuestro goleador le costó trabajo cerrar su maleta y, sobre todo, cerrar la boca destornillada por el desconuelo. Volvimos al hotel y el semblante apesadumbrado volvió a resurgir como aquella vez que le extraviaron la maleta. Al día siguiente se celebró una rueda de prensa, misma que encabezó el DT y nuestro goleador. La conferencia fue desastrosa para él, pues primero contestó con monosílabos y luego se quedó callado. La prensa preguntó si acaso estaba lesionado, si tenía problemas familiares, si la unión de la selección estaba perdiéndose, si sus éxitos como goleador lo llenaron de soberbia... En fin, el resto de

las preguntas también fueron contestadas con monosílabos. Una pregunta al final de la conferencia nos alertó a todos.

—Por su estado emocional —dijo el reportero—; parece que, en lugar de haber ganado, hubieran perdido, ¿es así?

—Bueno —dijo nuestro goleador—: yo acabo de perder algo muy valioso.

—Si no está lesionado, ¿puede decirnos qué perdió?

—He perdido mi balón y, para cualquier jugador de fútbol, eso es una verdadera desgracia. Me parece incluso más trágico que perder una o las dos piernas.

Los presentes a la rueda de prensa soltaron la carcajada, pues también estaban contentos con el triunfo y su comentario parecía estar fuera de tono. La verdad apareció durante los siguientes partidos: nuestro artillero se veía completamente desdibujado. Cuando los comentaristas lo buscaban para incluirlo en su narración, el artillero estaba en el extremo opuesto al balón. Parece que nuestro líder goleador está peleado con el balón. Ahí donde se lucha por la pelota, ahí, ahí no está nuestro artillero. En la cancha pensábamos lo mismo. El entrenador, con dos derrotas a cuestas, sólo decía que la causa no era por un balón de cuero viejo. Su descontrol se debe a que estamos a una victoria de la clasificación.

Pero perdimos dos partidos seguidos y, entonces, nos reunimos con el psicólogo y tratamos de sacarle a nuestro artillero la verdadera causa de su bajo nivel de juego. ¿En

serio se trata del balón? Fue la pregunta inicial, pues, ya sospechábamos que no se trataba de un cuero viejo, sino de algo que nos ayudaría a recuperar las habilidades de sus botines enmudecidos.

Bueno, nos comentó en aquella reunión, siendo muy pequeño, cuando me sentía inútil para cualquier tipo de deporte, salí con mi padre a un mercado rodante. Durante el recorrido vimos a un señor que reparaba y vendía balones de fútbol. Mi padre recordó uno de mis anhelos más profundos, que era realizar alguna proeza en ese deporte. Así que nos acercamos para preguntar por un balón con los colores del próximo mundial. Cuando le dijeron el precio, a mi padre se le hizo muy caro. Su precio es elevado, dijo el vendedor, pues se trataba de un balón mágico. Ni yo, siendo niño, llegué a creerle y sólo esperaba que mi padre se marchara a otro puesto, mientras me resignaba a olvidarme de jugar fútbol. Pero, en esta ocasión, mi padre no se retiró del puesto. En ese caso, dijo sacando la cartera, no tenemos porqué regatear el precio. Pagó y estiró los brazos para recibir el balón, pero el vendedor no se lo entregó a él. Para que este balón conserve su poder mágico, sólo debe estar en manos de su dueño. Si el balón es para el niño, dejemos que él lo reciba. Luego, el vendedor lo puso en mis manos y agregó; antes de cada partido, debes charlar con este balón y solicitarle lo que quieras hacer en la cancha: verás que no perderás ningún partido. Enseguida me entregó una bolsa de plástico para que lo guardara.

Mi padre quedó contento con la compra: Nos salió caro, Ángel, porque, además de mágico, es un balón de cuero. Desde entonces, cada que tengo un partido en puerta, hablé con el balón en silencio. A veces lo pongo junto a mi frente, para sentir el aire poderoso de su interior. Luego, ya no pude jugar con él, porque me convertí en profesional y se juega con balones oficiales, pero siempre me acompaña ese viejo balón que me compró mi padre. Y me relajo conversando con sus gajos antes de salir a la cancha.

—Pero, el balón se veía nuevo —dijo el entrenador.

—Bueno, cada que se celebra un campeonato mundial lo mando a pintar con los colores oficiales.

—Entonces, no estamos hablando solo de unos gajos de cuero viejo —dijo preocupado el entrenador—: sino de una verdadera reliquia.

—Claro, en eso tiene razón —dijo el psicólogo—; es algo más y necesitamos recuperarlo para que la magia retome a los botines de nuestro goleador.

Entre todos planteamos varias soluciones, desde ofrecer una recompensa al aficionado que devolviera el balón, hasta salir a buscar al vendedor de balones. Todas las opciones tenían sus contratiempos y, mientras tanto, nos tocó jugar un nuevo partido. A duras penas sacamos un empate y los demás equipos sumaban puntos. La clasificación se emparejaba con cuatro selecciones que podían clasificar al campeonato mundial.

La magia de nuestro artillero, que llevaba tres encuentros sin disparar a la portería, seguía sin aparecer. Había excelentes jugadores y nuestro compañerismo seguía en pie, pero nuestro crack había perdido su balón mágico y nuestra selección se había quedado sin alma. Así viajamos a nuestro penúltimo partido. Nos correspondía pagar la visita y ese fin de semana otros tres equipos también lucharían por clasificar. Cosa que harían si nuestra selección perdía ese encuentro.

El desánimo rodeaba ese encuentro. Tres partidos perdidos y uno de ellos empatado, nos demostraban que aquel balón no era sólo una esfera de cuero viejo; era la ilusión de una persona que se comprometió con el fútbol desde pequeño. Pero el balón había sido regalado por nuestro entrenador y su nuevo dueño, seguramente, desconocía su poder y, sobre todo, ignoraba los trastornos que nos estaba causando. Los siete días de la concentración para viajar al último encuentro estuvieron realmente llenas de angustia. Sólo el psicólogo y el entrenador charlaban con cierta palabrería entusiasta. Llegó el día y la hora de partir para celebrar ese encuentro. Abordamos el avión y la victoria sólo aparecía en nuestras palabras, espiritualmente no creíamos en ella.

Nadie del equipo salió de ni paseo ni de compras. Encerrados en el hotel, jugábamos cartas, damas chinas o dominó. A la hora de la comida veíamos televisión y seguíamos las estadísticas de la etapa pre-mundialista. En

un programa se mencionó a un grupo de aficionados que viajaban como invitados especiales de nuestro equipo. Dentro de estos invitados había un niño que se ganó el boleto, porque resultó ganador de un concurso de dominadas. Cuando lo entrevistaron dijo que participó en el concurso porque estaba seguro de ganar. Cuando el locutor le preguntó por qué estaba tan seguro de su triunfo, el niño dijo que el balón que había llevado se lo regaló el entrenador nacional y que había salido de la maleta del mejor goleador del torneo, el decir, se trataba del balón mágico de nuestro crack. En el comedor nos quedamos boquiabiertos cuando el niño mostró el balón y reconocimos aquellos gajos de cuero; era el balón que tanto apreciaba Ángel Guevara. Todos echamos un grito, incluidos el psicólogo y el entrenador nacional. Nos palmeamos la espalda y nos sonreímos unos a otros, luego rodeamos a nuestro goleador llenos de confianza y le dijimos que ya teníamos forma de recuperar el balón. Él dejó de mirar la televisión y, aunque escuchó la entrevista completa, no se inmutó y siguió desayunando tranquilamente. Nos quedamos absortos, sin dejar de mirarlo. Ante nuestro desconcierto mayúsculo, trató de darnos una explicación

—Ya no lo necesito —dijo con una calma que nunca pensamos verle—. Ahora puedo pensar que ese balón era mágico. Puedo creer que su aire era poderoso, o que acariciando eso gajos de cuero me convertía en un virtuoso. Pudiera decir también que las manos de aquel talabartero

que lo cortó y lo cosió fue un gran mago. Pero, al final de cuentas, entendí que su poder consistía en que fue un regalo que me dio mi padre sin escatimar en el precio ni en ninguna otra cosa; salvo en verme feliz. Ese niño ganó el concurso de dominadas, porque también recibió el balón como un regalo muy especial de nuestro Director Técnico. Gracias a esa convicción, pudo acompañarnos al partido de la selección y ese es mi nuevo regalo especial. Yo jugaré para ese aficionado y, como equipo podemos hacerlo por toda la afición del país. Así que tendrán que creerme: Haré todo mi esfuerzo para ganar y, como delantero, no descansaré hasta anotar un gol.

Teníamos mucho de qué hablar, todo relacionado con la confianza y la responsabilidad que teníamos. Había demasiadas cosas que decir, pero también había mucho trabajo por hacer: salir a la cancha y jugar por alguien especial. Así lo hicimos y se siente una gran satisfacción decir que ganamos. Ahora ya estamos clasificados para asistir a la Copa del Mundo. Seguimos jugando y recibiendo un regalo muy especial que siempre tomaremos en cuenta; el cariño que nos demuestra la afición.

El diario del gigante

El gigante se sentó en la orilla del mar. Desde ahí miraba emocionado las olas azules y otras negras que morían en la profundidad. Llevaba un morral enorme con una libreta de pastas gruesas. También llevaba unas crayolas de diversos colores y una pluma con detalles de oro. Después de tomar un poco de sol, agarró su diario y anotó algunas frases acerca de su persona. “Soy un ser enorme con la piel de color rosa —escribió—, incluyendo mis orejas puntiagudas. También tengo una camisola que parece saco y que es de color café”. Luego cambió la hoja de su libreta, porque su letra era muy grande y apenas podía escribir dos oraciones. Antes de escribir otra frase, brincó un pez sobre las olas del mar y con su movimiento lo humedeció. El gigante lo asustó con un poco de arena y, aunque era un tiburón, no le tuvo miedo, porque él era tan alto que pensó que era un charal.

El gigante siguió escribiendo en su diario otras frases que le ayudaran a soltar la pluma, pues en realidad

quería escribir sobre sus sentimientos. “Mi camiseta es de color verde y mis pantalones son de lana y de color negro. Mis zapatos también son negros, aunque con tanta tierra que tienen encima ahora parecen grises: pronto las voy a limpiar”. El gigante metió las piernas en el agua. Se dejó los zapatos puestos porque quería lavarlos con el agua del mar, pero enseguida sintió cosquillas en las piernas. Sacó una de sus piernas del agua y vio que una gran cantidad de peces estaban mordándole la piel. Pataleó con fuerza en el agua del mar y, mientras agitaba las piernas, los peces se le desprendieron. Era tan poderoso el gigante que nunca supo que lo estaban atacando varios tiburones. Sólo se percató de que ponerse a escribir cerca del mar no era sencillo, aunque el clima le parecía benigno para estimular su inspiración.

El gigante guardó el diario en su morral, junto con su lápiz enorme, en realidad un tronco quemado que funcionaba como carboncillo. Luego caminó por la orilla del mar, buscando la sombra de un árbol igual de gigantesco que él, donde pudiera escribir con tranquilidad. Contaré rápidamente lo que sucedió después; primero llegó a un desierto soleado y ahí escribió dos palabras, pero el sudor de su frente cayó sobre sus letras y éstas se dispersaron sobre el papel. Sobre su enorme libreta germinaron cinco manchas tenebrosas. Antes de caer la tarde, llegó a lo más profundo del bosque y ahí estaba terminando de anotar la primera palabra importante de su vida, cuando una nube

de aves que regresaban a sus nidos, cubrió de diminutos excrementos su tranquila y sincera caligrafía. Resignado guardó sus utensilios de escritura y decidió volver a su enorme gruta.

Con paso lento, casi flotando sobre las piedras, el gigante llegó a casa al anochecer. Ahí colgó el diario que venía en su gigantesco morral. Enseguida y con mucho cuidado se metió debajo de la paja en donde descansaba su compañera. Antes de darle un suave beso en uno de sus hombros desnudos, le confesó su derrota: “Sabes, querida, no es fácil escribir todo lo que te quiero, pero mañana lo intentaré otra vez”. Su mujer no pronunció ninguna palabra. Sólo dejó escapar un leve suspiro para decirle que lo comprendía. La hembra del gigante sabía perfectamente bien que su compañero no tenía porque anotar en esas enormes hojas cuánto la quería. No sentía predilección por ningún tipo de escritura, únicamente le parecen sinceros y ciertos los signos que trazan sus enormes labios al besarla antes de dormir.

El viejito del olvido

De repente asalta mi memoria el viejo Clodomiro. Quizá era otro su nombre, no lo sé. Mientras tuvo fuerzas salía muy de mañana al potrero; entre deshierbar, arar con un asno tan huesudo como él, obtenía unas miserables cosechas, que el hombre agradecía al Poderoso cada domingo en la misa. Luego se fue quedando sin potrero, sin burro, sin cosecha alguna. Salía casi a ciegas a caminar en el monte. Ahí su Dios lo socorría con un manojito de quelites, unos granos de chile piquín y sus infaltables tunas, además de sus nopalitos del campo. En esos años, quizá no tenía la barriga llena, pero sí poseía un corazón contento: “Fui a los entierros de todos mis amigos y hasta de alguna gente que ya no pude conocer”. A lo mejor había orgullo en sus palabras, porque se murieron algunos de sus contemporáneos riquillos y sus dineros no evitaron que *pelaran los dientes*. Su casa se fue derruyendo a falta de enjarres y de lumbre, su noria se secó. Para entonces ya tenían agua potable en

Palmillas. No quiso que le pusieran una toma en su casa, pero las autoridades del municipio le regalaron un tinaco. El agua siempre será una bendición. Además, en su patio había zacate de limón o muchas hojas de naranjo, todo lo necesario para un tecito desabrido. El monte también es generoso; las ramas secas siempre sirven para revivir el fuego oculto en algunas brasas escondidas entre el montón de cenizas. Mis familiares nunca quisieron hablarme de sus hijos ni de sus mujeres, si los tuvo o no, es un pasado que no puedo imaginar. Desde que yo era un escuincle, él ya era viejo y cuando fui joven, el continuaba siendo viejo. Unos años más adelante, supe que ya era demasiado viejo. Lo vi recargado en la pared de su casa, con la mirada perdida en mitad de la calle. Le saludé dos veces y no me obsequió ninguna respuesta.

Qué podían mirar unos ojos cargados de tantos años. “Buenos días”, dije por tercera ocasión y sólo esperaba constatar su sordera. Me quedé estupefacto; el hombre se levantó el sombrero y respondió, “Días buenos, amigo”. Me cimbó, no era nada común ser amigo de un viejito. “Si va para la plaza, puedo encargarle un paquete de galletas”. Dije que sí y mientras me acercaba, buscó su dinero en esa chamarra que no se lavaba desde muchos años atrás. Palpando las monedas, me dio el importe de sus galletas; “Regreso luego, don Clodomiro”.

En la tienda de abarrotes, en una esquina de la plaza del pueblo, pedí su paquete de galletas. Me preguntaron

si estaba siguiendo los gustos de Clodomiro y les dije *Algo así*. Entonces me relataron algo que debía haber imaginado: “don Clodomiro, tiene un pocillo despostillado y, por las mañanas, se sirve un poco de té, luego arroja algunas galletas, pocas, para que su paquete alcance larga vida. También cuenta con una cuchara y con ella va pescando esas figuritas antes que se deshagan. Seguramente repite el acto por las noches. El caso es que el paquete le dura toda una semana y hay gente que asegura que lo alarga hasta dos”. En medio de ese relato apenas pude esconder mi corazón. No me gustaba esa vejez sostenida por un bastón y comiendo de vez en cuando unas galletitas remojadas. Viejo y solo ya es demasiada calamidad, pensé. No hay para qué encimarle el hambre.

Compré dos paquetes y los pagué con uno de mis billetes. Agradecí la noticia acerca de Clodomiro y salí para encontrarme con el viejo. Lo encontré robándole fuerzas al sol. Le di los dos paquetes de galletas, diciéndole que estaban en promoción: por el precio de uno, me dieron dos. No quise averiguar la reacción en sus ojos ni en sus manos. Mientras los paquetes se acomodaban con dificultad debajo de uno de sus sobacos, yo aproveché para depositar las monedas que me dio para la compra en la bolsa de su chamarra chamagosa. Al menos la próxima semana tendría dinerito para que alguien le hiciera el mandando de sus últimos días. No soy caritativo, no me enternezco fácilmente. En realidad, volví a casa con la ligera esperanza

de que la muerte volviera sobre sus pasos y recordara a un viejito que estaba esperando por ella.

Despatarrado, mientras revolví un par de cucharadas de azúcar en mi jarro de café, recordé que me llamó amigo y en sus labios esa palabra sonaba con la mayor certeza posible. Me alcanzó la noche con la creencia de que la vejez no es un asunto de vida prolongada, sino de un olvido largo en que nos tiene la muerte. Nunca más volví a saber de Clodomiro. La familia me llevó para otros lugares y me ocupé en otros menesteres, hasta ahora que se ha incrustado en mi memoria para hablarme con terquedad del paso del tiempo. Salgo a contemplar las calles de Palmillas, el pueblo donde tengo enterrado mi ombligo. Las veo y las encuentro vacías, pero el olvido no se hace presente. Miro las faldas de la sierra. Están reverdeciendo.

El peso de la soledad

No gritaré para no alarmar a los vecinos. Pero no temas. Confesiones como esta no pueden alterar cualquier rutinaria existencia. Probablemente alguien, en lugar de callarme, guardaría silencio para escuchar las palabras que te dirijo. Sé que no has salido. Una breve luz se asoma por la cortina de tu ventana y amenaza con inundar al mundo. No deseo que te asomes ni que abras la puerta de inmediato. Tan solo espero que me escuches. Sé que estás ahí, en ese tercer piso, y que finges leer una novela. Estás tan sola y rodeada de tanto silencio que hasta puedes escuchar el hervor de la cafetera. Ahora ya no, porque te interrumpen mis palabras. Estoy confiando en que me escuches, porque he venido a hablarte desde esta deslucida banqueta en donde no se ha parado nadie.

Tú y yo sabemos que hay algo en esta ciudad que impide que nuestras sonrisas se extiendan como plaga. Pero si esta tarde me das la mano y me permites soñar largamente

con el borde de tus pechos, toda podría cambiar. Si además damos un paseo, veremos que los viejos edificios se caen en pedazos y que sus nuestros pasos parecen encaminarse a la conquista del futuro. Este triunfo reservado tiene un antecedente: tú y yo, pues nos amamos bajo la sombra de un árbol viejo. Desde entonces sabemos que el porvenir se construye con sonrisas. Mientras las paredes de estas calles se llenan de soledad, tus dientes me muerden y me otorgan muchos años por delante. La vieja iglesia, que siempre ha estado en el centro de la ciudad, seguirá abrigando a los ángeles ebrios y desahuciados por tanto fuego de estas calles. Sin embargo, hay algo en esta ciudad que impide que nuestras sonrisas se extiendan: los kilos de soledad que almacenamos en nuestras almas. Creo que estamos equivocados al retenerlos. Todavía existe la creencia de aprisionar estos bultos de soledad como si sirvieran para sobrevivir a estas tardes de absoluto silencio, pero estoy en contra.

Tú y yo sabemos que todo tiene remedio. ¿Podrías abrir la ventana? ¿Podrías permitir que mis sollozos nazcan en tus oídos? Ayer descubrir que un par de ángeles, de aquellos que han buscado refugio en la vieja iglesia citadina, se arrojaban desesperados bajo las veloces ruedas de los vehículos. Ya imaginarás el resto; sus alas blancas se fueron impregnando de asfalto y su sangre luminosa se evaporó sobre las sucias carrocerías de los automóviles. Alguien cuchicheó después del accidente que los ángeles estaban sordos y que, como estaban imposibilitados para

escuchar el tañer de las campanas, se inclinaron por el suicidio. Lamento su caso, pero me consta que nunca más sus ojos volverán a mirar de nueva cuenta el paraíso.

A diferencia de lo que creen los suicidas, pienso que todo tiene remedio. Quizá es lo que me aconseja mi ángel, pero te lo digo porque lo creo sinceramente. ¿Podrías abrir la ventana para escuchar mi propuesta de caminar juntos, empezando con un par de cuerdas? Si abres la ventana quiero que sea porque realmente deseas salir esta tarde. No vayas a hacerlo como solidaridad o como un gesto noble de tu parte. Olvídate de mi ángel guardián y de su semblante alicaído o de la escasa fortaleza que lo tiene postrado en uno de mis hombros, como si fuera un compañero ebrio desde temprana hora. No lo hagas por ese ser que tantas veces me ha salvado. Yo sé que le debo instantes memorables, pero me gustaría que no lo hicieras por nadie, sino por ti. Puedes ir apagando la cafetera o soltando aquella novela que fingías leer, mientras decides tu respuesta.

Si decides acompañarme, verás cómo nuestras sonrisas también se reproducen como plaga. Me imagino de antemano que tus hermosos pies se ponen su calzado. Anhele que abras la ventana y que me grites desde lo alto que te espere un momento. Mientras aguardo aquí abajo, podrás buscar algo más abrigador que tu blusa. Un momento después podrás bajar lentamente las escaleras, porque el elevador del edificio en donde vives hace mucho que no funciona. En fin, ya tú sabes que imagino muchas cosas. Pero, sólo

te digo que, si abres la puerta y vienes con una sonrisa por delante, para depositarla directamente al fondo de mi corazón, estaré salvado.

Esta tarde he venido a buscarte para decirte, con palabras sinceras, que todo tiene remedio y que bastará con que caminemos uno junto al otro. Entonces verás que el milagro se construye paso a paso, siempre y cuando avancemos tomados de la mano. Si lo hacemos, ya verás que será muy sencillo desprenderse de estos kilos de soledad en la primera alcantarilla que encontremos.

Pequeños bajo la noche

Nos caía la noche encima. Recargados sobre la pared, mis amigos y yo, perdíamos de vista la luz del día. Después, hechos bolita, nos deteníamos en una esquina lejos de nuestras casas. Entre los cuentos de Pepito y los albures se nos iba el tiempo. Molestar a los cuates nos ayudaba a reír un rato. Cuando el aire estaba frío metíamos las manos debajo de los sobacos, porque la mayoría no traía suéter. Nos vestíamos con aquellas playeras enormes, manchadas con caldo de frijol y de chile rojo aplastado en molcajete; manchas que no se distinguían gracias a la ternura abrigadora de la noche. Pero, los ruidos del estómago insatisfecho, no siempre podían quedar ocultos en aquella oscuridad.

A veces, cuando no teníamos nada que decirnos, el silencio nos invadía. Era el momento de entretenernos con el dedo, haciendo signos sobre la tierra. Inconscientemente juntábamos piedritas para hacer figuras o torres, o simplemente para jugar a la matatena apostando sonrisas.

Las noches sin luna son las que más abundan en mi memoria. En ellas está Alberto, El Salitre, mirando hacia el cielo como si quisiera adivinar no sólo la hora exacta, sino la ruta de nuestras vidas en aquella oscuridad.

Cuando los cuates me acompañaban me sentía menos solo. Nos deteníamos cerca de la calzada. Casi siempre llegaba mi mamá y su cansancio en un camión de andar lento. La mayoría de las veces traía una bolsa de plástico con comida que sobraba en su trabajo. A veces también traía pan de dulce. Pero, mis amigos no eran tan exigentes; se conformaban con que trajera bolillos, aunque estuvieran un poco duros.

Durante la espera Alberto, El Salitre, movía los labios como si estuviera hablando con alguien. Miraba al mundo y éste no quería saber nada de su conversación. Mis otros amigos seguían pensando quién sabe qué cosa. Sin embargo, en cierta ocasión, aquel silencio se rompió. De pronto Ricardo, El Ventanas, exclamó:

—Ya tengo un chorro de sueño.

—Chale, ni aguantas nada —dijo Armando, El Tongolele.

Hablamos de otras cosas, pero de todos nosotros fue Nazario, El Mocerito, el más sincero en su opinión:

—Yo lo que tengo es un montón de hambre.

Alberto quiso quedarse callado. Pero, después de un rato nos miró directo a los ojos y preguntó:

—¿Por qué no vamos por unos plátanos al mercado? Al fin que somos varios. Unos se brincan la barda y otros se quedan afuera, por si las moscas. La transa es fácil, digo yo; el ruco que está de velador es remenso. Además, a estas horas ya debe estar dormido.

Alberto, al igual que nosotros, sintió miedo. Sabíamos que robar era malo. Cada una de nuestras mamás nos había repetido infinidad de veces que teníamos que portarnos bien, para no terminar en el tribunal de menores. Sin olvidar que nos estábamos exponiendo a que el perro del velador nos mordiera. Pero, aunque le dimos tiempo a Alberto, El Salitre, para que se arrepintiera, de todos modos, no se echó para atrás. Salitre propuso la idea y con nuestro silencio aceptamos llevarla a cabo. Lo hicimos sin mayor problema, y de esta forma iniciamos unas cuantas transas más y en distintos puntos del barrio. Cuando mi mamá llegó aquella misma noche recuerdo que me preguntó si tenía hambre. Contesté que no. No mucha, agregué después para no levantar sospechas, pues siempre me encontraba con hambre y a mis cuates también. Pero, lo cierto es que mi estómago, junto con los demás, estaba en completa paz. Claro, ya me había comido más de seis plátanos y hasta una manzana, de esas grandes y coloradas que siempre había querido morder. Esa noche el bolillo que recibimos no nos supo tan bien, al menos no como en otras ocasiones cuando, a pesar de su dureza, se remojaban los trozos mordidos con una delicada alegría en nuestro paladar.

¡Ya se amoló la cosa!

Eso dijeron cuando sonó el golpe de la caída. Todos se quedaron callados, incluso hasta el viento parecía estar inerte. Los boteros y los paleros se quedaron de una sola pieza, quietos, viendo el accidente. A lo mejor nadie dijo nada. Pero todos tuvieron el mismo pensamiento.

Se oyó el ruido y apretaron el bote lleno de mezcla, como si eso les evitara caerse. Don Chabelo, el Maistro, con la cuchara en la mano, terminó de acomodar la revuelta. Alzó la varilla con la cual echaba el nivel y golpeó la cuchara para llamarlos. Nadie acudió al llamado del acero.

Como no llegaba ninguno de sus chalanes se acercó al andamio:

—¿Qué pasa con esa mezcla que no llega?

—Pues, nada; que ya se amoló la cosa.

Don Chabelo aventó el nivel y la cuchara sobre el emparrillado. Descendió por el andamio para ver de cerca el percance. Aunque ya le calaba la espina de una fatalidad,

quería cerciorarse. La mala suerte siempre se nos pega como si fuera calidra, se dijo cuando vio lo sucedido. Ni modo, para eso somos albañiles, para quedar despatarrados en medio de la obra sin que nadie se dé un golpe de pecho.

Era sábado y para los trabajadores de la obra no resultó ni común y corriente. Ese día habían llegado a las cinco de la mañana para ir midiendo la arena, echando los bultos de cemento, palearla de un lado para otro y luego contar los botes de grava y dejarla remojando. Sabios conocedores del concreto, los boteros sabían que lo mejor era hacer la revoltura antes de que el sol masacrara sus cuerpos. Los albañiles se habían detenido para explicarle a don Chabelo lo del accidente. Se desparramó con toi y bote, dijo uno. El bote se había doblado por todos sus bordes. La mezcla se salía lentamente por un costado de la lata de lámina. Y por ahí, casi sin notarse, estaba un cuerpo desvincijado. Apenas mostraba la boca torcida. Entre sus dientes, viejos y amarillos, escurría una baba blanca, casi transparente, como si fuera tequila borrando las señales de ese grito que no salió.

—Ya ni lo mueva, maistro.

—Mejor que el inge llame a la Cruz Verde.

Don Chabelo se dirigió enseguida a reportar el suceso con el ingeniero Fulgencio. Éste apenas lo atendió abriendo un poco la ventanilla de su carrazo del año. Regresó pronto al corazón de la obra y, sin pedir ayuda a los chalanés, comenzó a jalar unas cuántas bolsas de cemento.

Las sacudió y se las echó encima al cadáver. Mínimo para que no se llene de moscas, exclamó. ¡Qué mala suerte! Se le oyó decir cuando terminó de cubrirlo. Vino y se acercó a los demás boteros. Ya estuvo. Al rato viene la ambulancia. Échense una chela para olvidar el mal momento. Golpeó uno de los castillos que tenía cerca y el ruido de la cuchara los alejó del accidente. Échenle ganas para hacer hambre, mientras llegan las carnitas y nos damos un atracón. Un accidente no nos detendrá. Y la revoltura, esta sagrada mezcla de arena, grava y cemento, debe quedar extendida en el tercer nivel. Ya saben, nos contrataron para echar ese colado. Los albañiles deben seguir su misión que consiste en levantar una obra y después otra más. Aquí todos somos hombres, dice con una sonrisa ahogada al instante entre la amargura de una cerveza que desaparece entre trago y trago. Y como hombres derechos y machos que somos, los albañiles se pasean a lado de la calaca. Así que ya lo saben, que vuelen las corcholatas mientras destapamos las caguamas y nos emborrachamos para aguantar la chinga de echar un colado. Casi doscientos metros cuadrados y colados en un tercer nivel.

Los boteros siguieron trabajando en silencio. No la hagamos de emoción. ¿Para qué nacimos, sino para felpar? Tarde o temprano hay que entregar el equipo. Entre más tarde pues mejor, pero Dios no está para cumplir antojos de fregados. Enjuagaban los botes para que no pesaran tanto. Se acomodaban la gorra de papel para no

ensuciarse el cabello con la mezcla. Por ahí viene la ambulancia haciendo ruido, decía don Chabelo, el Maestro. Seguro que llegará pronto. No crean que nos vamos a quedar con el cadáver. Si se tarda un poco, será por el tráfico. Ya saben, en esta ciudad siempre se llega tarde. Pero llegará, me cai que sí. De un rato a otro ya tendremos el ruido cerca. Paren oreja y escucharán el ulular de la sirena. Aunque, pensándola bien, la ambulancia de la Cruz Verde no hace ruido. Ah, que caray. Sólo nos daremos cuenta cuando ya esté aquí.

Bicicleta sin niño

Aunque ya tenía novia, aquella muchachita tan linda, todavía no era lo más importante en mi vida; pues, en primer lugar, figuraba mi bicicleta. Tenerla me había costado demasiados esfuerzos, además de varios problemas. Primero tuve que reconstruirla de partes viejas, que fui comprando en el depósito de fierro viejo. Luego, cuando por fin terminé de armarla y estaba estrenándola, le di un paseo a mi hermana y fue un viaje desdichado. Mi hermana Nereyda tuvo la infeliz desgracia de meter el pie en los rayos de una llanta y se lastimó varios dedos. No quisimos pedirle ayuda médica a mamá y los amigos me ayudaron a curarla con lodo para que no sangrara. Total, estuvo berreando un rato, porque era tierra salitrosa que, finalmente nos ayudó a pararle la sangre. Antes, cuando terminé de pintarla, no puse nada debajo del armazón y encontré el piso de la cochera todo manchado. Tuve que despintarlo durante tres días para evitar el enojo de papá. Me gasté más dinero

en el thinner y en la estopa que compré, que en la pintura y en las brochas con que la pinté. Por eso busqué trabajo para que me recompensara en algo y terminé en una tienda como repartidor de mercancía, a cambio de quince pesos por cada tarde.

Terminaba mi trabajo a las ocho de la noche y pasaba a ver a mi novia hasta su casa. Llegaba muy machín metiendo mi zapato en la llanta delantera para frenar manualmente, porque no le alcanzó para instalarle los frenos. Sin embargo, creo que la impresionaba como buen conductor. Luego dábamos una vuelta en la colonia y después de besarnos en una esquina oscura, nos despedíamos para vernos al día siguiente. Era una persona muy feliz. Bueno, casi completamente feliz, porque pronto me quedé sin bicicleta.

Al regresar de entregar un reparto, detuve mi bicicleta en el cordón de la banqueta y entré a la tienda para ver qué pedido seguía. Desde adentro vi que una persona agarró la bicicleta y, subiéndose en ella, se echó a correr. Como buen tonto que soy, todavía me quedé pensando qué hacer. Cuando pude reaccionar, lo primero que hice fue gritar: ¡Se roban mi bicicleta! Luego, ya pude salir para ver qué rumbo tomaba el ratero.

Para mi fortuna venía llegando un compañero a la tienda y rápidamente le pedí que persiguiéramos al ladrón, que todavía se distinguía llegando a la calzada. Nos llevaba mucha ventaja, pero aún así lo perseguimos. Al llegar a la

calzada nos encontramos con un tráfico denso, a pesar de que los semáforos sí estaban funcionando. Mi compañero pudo evitar el pesado congestionamiento de vehículos, pero luego detuvo la marcha y se quedó callado. Yo me bajé de los diablitos y fui a observar el percance.

Un poco más adelante, y casi sin poder creerlo, descubrí mi bicicleta toda aplastada. También descubrí a la persona que me la había robado. Estaba tendida sobre el asfalto y con el manubrio en una mano, sin señas de que pudiera moverse. El manubrio se zafó de la tijera y como no tenía frenos y el tipo no supo detenerla con el pie, fue a estrellarse con un camión y luego contra otro más, hasta que lo hicieron caca. Bueno, eso contaba la gente que vio el percance, porque cuando nosotros llegamos ya todo había sucedido.

Mi compañero me recomendó que no reclamara lo que quedaba de mi bicicleta, como era armada con fierros y partes viejas no tenía papeles para comprobar que era de mi propiedad. Además, el ladrón estaba más muerto que vivo y podrían acusarme de homicidio imprudencial, o algo así, dijo mi colega. Así que mejor nos regresamos a la tienda. Al patrón le expliqué que ya no podría ayudarme más por carecer de mi herramienta de trabajo y, después de darme unas monedas, me fui a casa a contarles a mis padres lo que había pasado.

Como se los cuento a ustedes, igualito se lo conté a mi familia. Papá escuchó el relato, pero no dijo una sola palabra.

Mamá, como siempre, no me creyó nada del asunto. Pensó que estaba chocada y que la había encargado en casa de un amigo. Pasaron los días y aún sin convencerse, me dijo que seguramente la había vendido y que inventaba esa mentira para no darle un centavo de la venta. Aun ahora, cuando no tenemos tema de conversación, mi madre me pide razón sobre la bicicleta. A veces me da por contarle la verdad, pero la mayoría de las veces le invento percances distintos y creo que esos cuentos la dejan satisfecha. En esos momentos es cuando me pregunto si mis padres sabrán de verdad cómo fue mi infancia. Ellos creen saber que sí, pero si hay verdades que no aceptan. Me imagino que tampoco sabrán en qué momento terminó aquella etapa. ¿Sabrán en qué momento dejamos de ser niños? Bueno, sólo quiero decir que, gracias a aquella bicicleta, me quedó claro que al tener una propiedad ella nos tiene de igual manera. Por eso decidí que, si quería tener algo a mi lado, lo mejor sería tener una mu-chachita. No pretendía que fuera linda ni tremendamente bella. Sólo anhelaba que se identificara con mis sueños, para que de alguna forma ella también me tuviera.

Niños en la estación

Son tres niños que tienen entre siete y diez años de edad. Uno de ellos es el Pelochas. Hace un rato le preguntaron la hora a una señora. La mujer, al verlos tan pequeños y en medio de la oscuridad, quiso evitarles el peligro de la calle.

—Ya es muy tarde para que anden fuera de su casa —les dijo la señora y luego agregó—: Son las ocho.

Ellos le respondieron:

—¡Gracias —y concluyeron—; vieja guanga!

Además, le echaron una trompetilla y siguieron su camino. Venían de la calzada Zaragoza. Ahora están en el paradero del metro Pantitlán. Caminan por entre las hileras de microbuses estacionados en los pasillos, donde se respira un olor a orín y a gasolina. Los chavos encuentran varios microbuses con las puertas abiertas y algo que les llena de brillo la mirada: las monedas muy bien acomodadas en cajitas de madera, pueblan sus ojos.

La situación es propicia para el riesgo. Por un lado, la ausencia de los choferes y, por el otro los chavos sin quinto en la bolsa. Se ve fácil realizar la acción, dice uno de ellos. Pues de una vez, dice el mayorcito. Los otros dos ya saben lo que tienen que hacer; permanecen abajo, por si regresa el chofer del microbús. El otro va por el botín.

Los chavos son sorprendidos en medio de la transa. Uno de los choferes del otro pasillo se da cuenta de todo: suelta el pitazo, pero no puede detenerlos porque una reja se lo impide. Emprenden la retirada como si de pronto tuvieran alas en las patas. Sólo que en este caso le toca perder al Pelochas, porque se le hacen nudo las piernas y, sin andar de enamorado, le da un gran beso al suelo y el suelo la de un gran chingadazo.

—Córrele, Pelochas —le gritan sus cuates. El chavo se pone de pie, pero por más intentos que hace, no avanza. Un chofer lo tiene agarrado del pantalón y lo pasea por los aires.

—Suélteme; yo no me robé nada —dice el chamacoco llorando.

Varios choferes se reúnen porque ya tienen con quien desquitarse de las malas vueltas que han tenido en toda la tarde. El Pelochas pagará las consecuencias. Para empezar, le llueven coscorriones de un cielo encabronado. Hasta chispas le salen de la cabeza, se imagina él.

—Te voy a llevar a la policía —dice el chofer.

—No, a la policía no se lo entregues, sólo perderás el tiempo —le dice un colega—; mejor cóbrale tú.

Recomendación que acepta de inmediato y les pide ayuda para subirlo a la unidad.

—¿Cuánto te falta? —pregunta uno.

—Como treinta pesos —responde—; por suerte siempre cargo los billetes en la bolsa del pantalón, se llevaron la pura morralla.

Entre dos cafres lo agarran de los brazos. El otro, cuidándose de las patadas que tira el chamaco, le baja los pantalones. En cuanto el Pelochas observa que el chofer del microbús se desabrocha el cinturón, sabe que le espera lo peor. Sobre todo, cuando los tipos que lo sujetan lo voltean. No le queda otro camino más que ponerse flojito, como corresponde en esa situación. De cualquier manera, flojito o durito, el castigo será el mismo.

Los gritos se escuchan a lo lejos. Quizá hasta donde se encuentran sus cuates. Al Pelochas, más que los cinturonzos, le duele saber que sus camaradas del hurto no le darán nada de lo que se llevaron. Está escrito en sus leyes callejeras: puro pito pelado por apendejarse.

—Ya no le pegues —dice uno de los choferes.

—Sincho, mano; ya estuvo suave —dice el otro.

Pero el ofendido no hace caso. No le parece justo que él ande vuelta y vuelta, metiéndole pata a la unidad, para que otros aprovechen el dinero ganado con el sudor de sus nalgas y de uno que otro volantazo.

—Ya ves que ni pasaje hay —insiste, mientras descarga otra vez parte de su furia.

—Tienes razón, pero tampoco te pases de la raya con el chavito.

—Ya párale, mi buen —le dice otra voz—; ya se las dejaste todas rojas.

—Me vale —dice el chofer al tiempo que empuja al chamaco fuera del microbús.

El conductor se acomoda el cinturón y enciende la unidad para avanzar en la fila de salida. El Pelochas, ya en el suelo, aprovecha para subirse el pantalón y se va por el pasillo de los peatones. Ni siquiera siente ganas de voltear para ver a los choferes que se mofan de sus nalgas coloradas. En otra ocasión hubiera tenido valor para mentarles la madre, pero ahora ni eso le queda. Cerca no hay ningún cuate que lo consuele. Ni siquiera él mismo puede aliviarse. Apenas se toca el trasero para sobarse y siente que le arde lo más recóndito del alma debido a tanto cinturonzazo.

—Por suerte ya no voy a la escuela —se dice en voz baja—. Si tuviera que ir mañana, no podría ni sentarme.

El Pelochas abandona el paradero del metro Pantitlán, casi igual que todos los que pasan por ahí. Nadie tiene tiempo de detenerse, unos abordan sus peseros y otros más descenden de las unidades para dirigirse al metro. Se anudan esos bichos metálicos que se conocen como autobuses, microbuses y combis, además de otros vehículos reconstruidos para brindar el servicio de transporte. Nadie se

fija en aquellos niños de la estación, ni siquiera en el atardecer que abre los brazos para recibir a plenitud las aristas de la noche. Alguien se guarda las lágrimas y se dice que la venganza tiene que ser mayor. Aunque ignora si la vida podrá brindarle esa posibilidad.

El vochito blanco

Era de color blanco. Apareció una mañana detrás de la Preparatoria de la Comunidad. Los niños que utilizábamos ese camino para ir a la escuela, fuimos los primeros en verlo. Claro, también pasaban por ahí las señoras que se dirigían al mercado. Siempre y cuando fuera temprano o tuvieran luz del día. En las noches ese sitio resulta la parte más olvidada de la colonia. Cuando ya es tarde, los habitantes que viven en el otro extremo prefieren transitar por otras calles, porque ese lugar, la parte trasera de la Preparatoria, queda hundido en la más completa oscuridad.

Ese sitio desde siempre ha tenido su leyenda. Se dice que ahí los ladrones detienen a sus víctimas y les quitan sus pertenencias. Después escapan brincando la barda de la escuela y se pierden para siempre. O, cuando menos, hasta el próximo atraco. Las personas que abandonaron el vochito blanco durante la noche, no pudieron ser vistas. No mires por la ventana por ningún motivo, mucho

menos si es de noche y abunda la oscuridad. Ese parece ser el lema de las personas que habitan las casas que están detrás de la escuela.

El vochito blanco estuvo un par de días a la vista de todos. También lo vio la patrulla que de vez en cuando pasa por la colonia. Pero, nadie reportó nada a las autoridades. A pesar de que todos sabíamos que era robado. El coche no pertenecía a ningún vecino, por la sencilla razón de que no tenía placas. El vehículo no reportó ninguna novedad en el primer día. Simplemente permaneció abandonado en la parte posterior de la escuela. En la palomilla, hasta nos imaginamos manejándolo cuando lo vimos.

Al día siguiente, los que pasamos cerca nos dimos cuenta de que el motor se había fugado durante la noche, abandonando toda la carrocería. Tratándose de la parte más valiosa del auto, era natural que eso pasara. A partir de ese momento la suerte del vochito quedó escrita. En los días siguientes desaparecieron, siempre por la noche, las llantas con los rines. Después siguieron los vidrios, las puertas y las defensas. Nadie supo donde fueron a parar los asientos, las carabelas y demás aditamentos. Una semana después el cascarón de metal ya no tenía nada que ver con el vehículo que apareció una mañana detrás de la Preparatoria de la Comunidad.

Los chamacos que jugábamos fútbol todas las mañanas en esa calle, depositamos el cascarón encima de la banqueta para tener una cancha más limpia. Ahí lo

dejamos llantas para arriba, aunque ya no tenía ni rines. Finalmente, como el armazón era bastante pesado, alguien se lo llevó para venderlo por kilos en un depósito de fierro viejo. Ni hablar, al vochito le sacaron hasta el último peso. Nosotros no obtuvimos ningún provecho. Sólo recuerdo que durante un tiempo su presencia nos sirvió de orientación. De la nave para allá chutamos nosotros, así que pongan su portería de dos pasos grandes hasta allá. Es decir, donde no había carrito. Pronto no hubo carrito ni aquí ni allá. Pero las retadoras siempre las hacíamos entre puros cuates y, para no perder la amistad, nos convidábamos la victoria una tarde ellos y otra tarde nosotros. Así que todos nos sentíamos con piel de campeón.

Las preguntas del insomnio

Anoche estaba metido entre las cobijas.

A pesar de esto mi cuerpo sentía frío.

El silencio mostraba su máximo apogeo.

La soledad me hacía sus cosquillas nocturnas.

De pronto escuché una voz preguntándome:

—¿Hacemos el amor?

Yo me di media vuelta y le contesté a mi almohada:

—¿Por qué no?

SEGUNDA PARTE

MUJERES, SÚBITAMENTE AMADAS



Señora con caracoles en las piernas

Ella fue mi primera equivocación y no me duele que haya sido precisamente ella. Esa mujer de casi sesenta años que continúa sentada en la esquina del parque y que casi no levanta la vista, salvo que sea la hora de partir a su triste casa. Ella ignora que continúa en mis sueños, pero debiera imaginarlo. Hace ya mucho tiempo que sentí el deseo de acercarme y preguntarle qué encontraba de interesante en el césped amarillento, que a duras penas sobrevive en las jardineras de la plaza. Por fin lo hice y ella se tardó en levantar la vista para descubrir a la persona que hacía la pregunta. Era yo. Alguien que había sido desbaratado en su memoria. Seguramente no me reconoció. Aunque, cómo saberlo, si su sonrisa continúa brillando de mil maneras. Su rostro me impidió adivinar siquiera si en mí reconoció aquel chamaco que se equivocó terriblemente. Por que sí, porque ella fue mi primera equivocación. A esta culpa contribuyeron los barro y espinillas que me delataban ansioso

de una mujer. Situación que no podía ocultar, porque en las madrugadas, en amaneceres de invierno norteño, me brotaba el deseo endurecido y mis pensamientos corrían directamente a ella. A la mujer madura de treinta y tantos años, cuyas formas se delataban entre las prendas. Además, sus formas despedían una infinita tibieza en cada porción de su piel. Esto no me consta, pero tantos sueños que tuve no pueden estar equivocados.

Un día ella me rozó. No importa que esté perdido en el fondo de sus contactos. Pero me rozó y me resulta difícil no vanagloriarme de ese contacto. Después los amigos del pueblo dijeron que con ella sí. Sus asedios fueron constantes para que me atreviera a decirle que me encantaba. Sólo tienes que ofrecerle dinero (me explicaron) y ella te tomará entre sus labios (me dijeron), además, te ahogará con su saliva (sentenciaron) y te cambiará la respiración con sus caricias secretas (me ilusionaron). Les hice caso, porque no había nadie más que habitara mi pensamiento. Fui y le hablé una tarde como esas que ahora conoce muy bien. *Fui y le hablé*, escribo ahora. Pero, en realidad no pronuncié mis palabras de corridito, sino que tartamudeé mis torpes propuestas de adentrarme más allá de su alma. También le confíé la cifra de mis ahorros. Ella abrió los ojos con enorme sorpresa. *Estás loco, niño*. Acepté que estaba loco por ofrecerle la mitad de mis ahorros. Tratando de recobrar mi cordura, le ofrecí las tres cuartas partes de lo que guardaba en mi alcancía. No sólo estás loco, dijo,

estás demente y será mejor que te largues a lo más alto de la sierra. Ojalá pronto te quites de mi camino, su conclusión fue planteada con claridad. Pero, no me quité. Los sueños también tienen su peso.

Permanecía frente a ella. Insistí en saber por qué con los demás si había aceptado, hasta por una cantidad menor de dinero, y conmigo no. No me dirigía a la persona, sino a sus labios que resplandecían en medio del cielo azulado de Palmillas. Los imaginaba como esas granadas que se revientan por tanta humedad que llevan dentro. Sin embargo, esos labios pronunciaron su verdad: eres un estúpido por creer lo que dicen los demás. Supe, entonces, que algunos hombres poseen a las mujeres en la imaginación y que algunos hasta mienten diciendo que les pagan por tenerlas en sus sueños. Comprendí también que me habían engañado, pero ya le había hecha una oferta que no podía retirar. Si con los demás no ha sucedido nada, le dije, guardaré en secreto lo que haga conmigo. Pero, ya no me escuchó. Siguió su camino. Pasó encima de mi sombra con su risa calmada. Permanecí en ascuas, sin moverme de la plaza. Mientras se alejaba, su cuerpo que se metió en mis sueños y mientras otros han sido desahuciados, ella sigue bajo mi abrigo y su recuerdo se ha vuelto perenne.

Aún a la distancia la veía enorme. ¿O será que me fui sintiendo cada vez más pequeño con su desprecio? Ahora, muchos años después de aquella tarde en que empecué con su ausencia, la encuentro en esta plaza. Ella

mira fijamente al suelo y se dispone a contestar mi nueva pregunta. En su sonrisa no hay ningún atisbo de que me haya reconocido. “Observo, dice, cómo avanzan los caracoles sobre el pasto”.

Sé tantas cosas de ella, como ignoro muchas de mi propia persona. La vi caminar a lado de su madre del mercado a la iglesia y volver a la casa. Los varones de Palmillas siempre fueron mutilados con la crítica de la madre. Con sus comentarios perdían una pierna o se les deformaba la cabeza, a veces un brazo y hasta la sonrisa se les tornaba desagradable. Nunca le permitió que sus bellos ojos contemplaran con naturalidad a los hombres que la pretendían. Así pasaron las oportunidades para que su corazón se desempolvara. Uno era descartado porque ser demasiado flaco, otro porque tenía el vientre demasiado desarrollado, otros más porque su rancho era pequeño o porque sus estudios no llegaban ni a tercero de primaria. Su madre les hallaba tantos defectos, que, ningún hombre compartiría su cama ni sus sueños. La voz y la opinión de esa mujer eran demasiado autoritarias para permitirle buscar por sí misma: no habría compañía para sus sábanas vacías o para sus pliegues ardientes.

Cuando falleció su madre, otros ocuparon su criterio. Sus hermanos se encargaron de protegerla de cualquier hombre de las cercanías. Pronto los candidatos y las opciones del pueblo se agotaron y ninguno se abrió paso en su corazón. Hubo familias distanciadas, negocios con

grandes pérdidas, porque los hermanos no aceptaron ningún prospecto para cuñado. Así llegaron los veinte y luego los veinticinco años, pero los otoños no amedrentaban ni su piel ni su sonrisa. Cuando estaba cerca de los treinta se hablaba de una pueblerina que, siendo tan hermosa, se estaba quedando para vestir santos. Triste destino el suyo, porque en la iglesia del Palmillas, sólo existe una virgen vestida con gran dignidad y desde el altar cubre con su manto a toda la comunidad. Además no requiere prendas nuevas; porque Nuestra Señora de las Nieves nos ampara desde su lienzo majestuoso.

Sin embargo, cuando la leyenda estaba por afianzarse, llegó el capitalino. Los hermanos no tenían tiempo de celarla, pues lo hacían con sus mujeres y con sus hijas. Ella no le encontró fallas o defectos, o, quizá, estaba cansada de tanta soledad y le dijo que sí. Cuando comenzó su romance, todos vieron resurgir esa belleza que me deslumbraba. El tiempo estaba hecho para llevarse sus sonrisas; así como llegó el amor, de igual manera la soledad tundió su alma. Todo mundo recalcó la existencia de la mala suerte. Total, el noviazgo se acabó y ya nadie pudo hablar de la boda. Todo fue consecuencia de un vehículo que venía de la capital, directo al pueblo: se accidentó bajando la sierra, cerca del Balcón de Montezuma. Si hubiera tenido auto y si mi papel fuera el de novio, yo mismo correría sin cuidar la velocidad... No era sencillo estar lejos de su presencia. Se tardaron un día entero para subirlo de nuevo a

la carretera, pero el chofer al igual que el auto despedazado, ambos llegaron incompletos.

Luego volvieron estas tardes enrarecidas y de vientos flojos. Ella camina directo a la iglesia. Algunos comentan que no sabe orar, pues no le escuchan ningún rezo. Sólo entra y ocupa su lugar en la primera fila. Yo digo lo contrario. La he visto poner su alma limpia y pura frente a la virgen del altar. Le habla al tú por tú y los silencios de ambas reconstruyen un amor que no he visto en ninguna hembra de estas tierras. Luego, cuando sale de la iglesia, veo que en sus ojos nace un cielo limpio y, en sus labios, las centellas previas de la tormenta. Bajo su velo, nada se esconde. Sus cabellos enmarcan el rostro que ofrece tiernos horizontes en cada uno de sus dientes. Después de misa, no regresa pronto a la casa. Camina lenta, pero segura, por la plaza del parque. Después de acomodarse en alguna banca, llega el viento. Llegan también mis ojos a su figura. Retorno a mi deseo y pido que nunca se abandone a la tristeza.

Todavía la recuerdo, ya madura, bailando con su padre en las fiestas del pueblo. Recuerdo que se acercaron a la pequeña mesa donde yo vendía golosinas. Su padre le sugirió algo para endulzarse la boca. ¿Sabría que la vida sólo se endulza con los besos del amante? Ella tomó un dulce de jalea de la mesa que yo cuidaba. Su padre pagó la golosina, pero no halló palabras para decirle a su hija, a esa hembra tan maravillosa que había procreada, que se

merecía al mejor hombre de todo el pueblo y, sin embargo, estaba sola. Tampoco pudo convencerla de que el tiempo no es ninguna traba para encontrar la felicidad. No hubo modo para que creyera que el matrimonio no tiene fecha y que la dicha tampoco anuncia su llegada. El padre no era ducho en estas cuestiones. Apenas pudo abrazarla y le dijo: No te preocupes, hija; así son las cosas. Ella siguió ignorando sobre qué asunto hablaba.

Esa noche, mientras yo guardaba los dulces y las golosinas, imaginé que ella estaba llorando en su lecho. Pero, no me consta. Lo que pude afirmar es que yo sí lloré, porque siendo un chamaco ya la amaba. Con la boca desfigurada por el llanto, maldecía al viento helado de la noche, a los músicos que guardaron sus instrumentos y que nos dejaron huérfanos de sus melodías. Maldecía también al tiempo, porque no me permitió nacer unos años antes, para poder mirarla de frente y tomar su mano con delicadeza. Porque, si hubiera nacido unos años antes, podría subir con ella al kiosco para mostrarle la parte mas alta de la sierra y decirle: Esas rocas tan sólidas van a durar menos que el amor que siento por ti. Pero no, no pude nacer a tiempo para su corazón. Era un chamaco que vendía dulces en la feria del pueblo. Más tarde fui el joven impertinente que creyó que ella se alquilaba para aliviar las solterías y sólo conseguí que, sobre mi deseo, dejara su enorme silencio. Desde entonces, no puedo moverme. Sigo aquí, en la misma plaza en donde ella llega todas las tardes.

Aquí las tardes se consumen mientras ella observa detenidamente el lento caminar de los caracoles. Quizá los mismos caracoles ansían llegar hacia ella, como lo intenté yo. Si así fuera, deseo que los caracoles cuenten con la eternidad para cumplir su propósito. De no ser así, ellos y yo fracasaremos. Con la eternidad de su lado podrán llegar al banco donde ella reposa. Por mi parte, aunque nací demasiado tarde para mirarme en sus ojos, le consagré mis sueños, aunque siga envejeciendo en una banca de la plaza.

Algún día llegará alguno de esos caracoles que tanto mira y le dirá que ella, la más sola de este pueblo, es la más amada por ese hombre que la observa desde la otra esquina. Un hombre que no supo remediar la diferencia de edades y que tampoco pudo expulsar a ese niño que la mira enamorado desde el fondo de su alma. Así, con la pesadumbre de haber nacido demasiado tarde, suelo soltar mi corazón para que vaya hacia su pecho. Ojalá que la señora no se disguste cuando mi deseo de caracol humedezca lentamente su cálido cuello.

El retrato de mi madre

Cuando mi madre era joven se mandó a hacer un retrato. Quedó tan complacida con aquel trabajo que durante mucho tiempo se negó a salir en otras fotografías. Decía que nunca posaría para nadie, pues aquellos fotógrafos eran realmente profesionales. Mientras que los *camaristas* de hoy, sólo hacían clic y ninguno pensaba en el alma de la gente, misma que debería emerger en el retrato de cada persona. Concluí que lo había intentado en alguna ocasión, pero seguramente rompió las fotos porque ningún resultado la convenció del todo. Sin embargo, esta situación ha cambiado recientemente, porque ahora tiene dos retratos con el rostro oficial, es decir, con su cara angelical.

El retrato original es pequeño y sus facciones navegan hermosas en un lago color sepia. Lo observo y, no es que sea mi madre, pero confieso que se ve guapa y con una personalidad maravillosa. Probablemente se deba al color amarillento de la imagen. En este retrato mi madre tiene

un peinado semejante a una torre de merengue. Su cara es redonda y lo suficientemente carnosa como para justificar la decisión de papá. Indudablemente tiene la forma de mirar de otros tiempos, de otros problemas, pero también relucen en sus ojos otras esperanzas.

Hace poco tiempo tuvo la oportunidad de ampliar ese mismo retrato y de volverlo a sus colores originales. Le hicieron un trabajo más que aceptable. Cuando se lo entregaron pasó a ser el cuadro titular de la sala. El original sigue en el álbum fotográfico con el mismo color sepia. En cuanto al segundo sólo diré que, no hay persona que venga a visitarla, a los que mi madre no les presuma ese objeto que debiera ser tan íntimo.

Acomoda el alma en su mirada y, acariciándose el pecho apenas con la tibieza de sus dedos, les explica:

—Así estaba yo cuando tenía dieciocho años.

Y la gente le contesta sorprendida, pero al mismo tiempo con una cordialidad infinita:

—¡Pero, si casi no ha cambiado nada!

Mi madre nunca los escucha. Ni siquiera percibe si hay ironía o sólo palabras gratas de las personas que han sido convocadas en la sala. Está perdida contemplando su imagen, aunque un poco arrepentida de no haber aprovechado mucho antes estas nuevas tecnologías. Ahora ya sabe que obran milagros los técnicos sobre el papel fotográfico, pues su rostro se llena de lozanía y, al mismo tiempo, amenaza con volverse inmortal. Ahora no hay nada tan

mágico para ella, como el retrato que domina una pared de la sala. Quienes convivimos con ella tenemos la certeza de que no hay otro centro para el universo, que esa pared donde ha colgado su retrato.

Mujeres, súbitamente amadas

No hay tristeza de ninguna manera. Aunque sombras melancólicas me rodean como aves de rapiña que, con gusto, se tragarían un corazón. En la mañana escuché a la pequeña Karina platicar con su mamá: “El lunes le regalé una de mis paletas, pero ni caso me hace”. Ahí está ya, mi sobrina enamorada de un escuinle de su salón y el muy baboso, ni siquiera sabe que existe. ¿Siempre habrá sido así? Sé de mis años pasados, cuando regresaba muerta de cansancio a la casa, después de aguantar las clases de la preparatoria. Llegaba preguntando si no tenía alguna llamada, sobre todo la de Heriberto. Pero no, el teléfono no había timbrado. ¿Cuántas tardes pasaría esperando su llamada? Ni Dios lo sabe, pues no está para prestar atención a los solitarios. Finalmente, marcaba a casa de mis amigas para que me distrajeran o para averiguar a través de ellas algo de Heriberto. Pero, ese chavo no dejaba ninguna huella para que, una hembra enamorada como yo, le siguiera los

pasos. Una sufre por esas decepciones un par de veces en la vida y se cura. Pero otras siguen enfermas toda la vida.

Otras, como mi abuela, ni siquiera tuvieron tiempo de enamorarse. En aquellos años las mujeres hablaban poco de los hombres. Por eso, cuando era chamaca, dice que salió de la casa rumbo al molino. Así se acostumbraba antes, pues no había tortillerías a la mano. A medio trayecto que siente un lazo por la cintura y luego la arrastraron hasta llegar al costado del caballo. El hombre que se convirtió en mi abuelo, la subió al caballo y se la llevó a la sierra. Regresó hecha mujer. A la fuerza, claro está. En esos cinco días en que mi abuelo la tuvo en la sierra, bastaron para preñarla de su primer hijo. Pobre de mi abuela. Quizá por eso, dejó que a mi abuelo muriera lentamente. Porque morir de viejo y hecho una verdadera porquería en su cama, debe ser un final muy desgraciado. Cuando no se vive con amor, me parece, los cuerpos sólo se convierten en pasto de gusanos.

Pero, qué desdicha, también las que se casan por amor les llega su penitencia. Pienso ahora en el caso de Rosa. Mi amiga se casó ciega de amor y hasta invirtió sus ahorros para matrimoniarse con el guapetón de Sergio. Todo parecía muy lindo, hasta que regresaron de la luna de miel y, luego, adiós sueños de princesa. Después del viaje, se fueron a vivir con los suegros. Comenzaron a trabajar, pues las parejas no se hacen solamente para la cama, si no también para tener un buen empleo. Sin em-

bargo, a los tres meses Sergio se quedó sin trabajo. La pobre de Rosa, ni modo, siguió en chinga porque tenía que abonar las tarjetas. No nada más la suya, sino también la de su marido. Aparte de eso tenía encima a la suegra. La suegra, maldita estirpe debe ser esa, terminó corriéndola de la casa. Ya sé que también son mujeres, pero, como la suegra de Rosa, pocas arpías se habrán visto en la historia de los matrimonios. Total, primero la separación de Rosa, luego el divorcio. Pero no aprendió y siguió buscando el amor. De ahí en adelante, se metía con un hombre y salía con un hijo, y lo peor es que pronto terminaba separándose. Lo intentaba otra vez con otro hombre y le hacían otro hijo. ¿Cómo le hará Rosa que, cada que se relaciona con un hombre, la embarazan? No se cuida la taruga o qué. Total, su familia va creciendo y ni siquiera fueron con su primer marido, es decir, con el que se casó por la iglesia, ese ha sido el único que no quiso o no pudo preñarla, los demás todo le han atinado. Eso sí, Rosa sigue trabajando. Ahora, no sólo se preocupa por su boca, si por los dos tragoncitos que le dio la vida. Lo malo de esto es que, no veo lejana la posibilidad, pronto tendrá que meter alimento en la boca del hombre que tiene en turno.

Tenemos una fuerza endiablada, digo yo. Para comprobarlo basta mirar a Sofía. Ella anda de una escuela a otra, dando sus clases y ganando su dinero. Todo porque no quiere pedirle un peso al padre de sus hijas. Prefiero arrullarme sola que, con un flaco de patas apestosas, me

dijo la otra vez. Y, gracias a sus prisas, ya tiene su casa muy mona. Claro, también tiene como ochenta y tantos kilos sobre el cuerpo, pues, para poder trabajar doble turno, se alimenta bien y más que bien. Por eso se fue para arriba. Dice que no le importa su gordura, pues ya no está para andar pensando en quimeras. No le interesa el lado flaco del cuerpo. El amor, dice, es un órgano que ya tengo en la congeladora.

Los desayunos de los jueves que tengo con mis amigas, ya parecen un mar de lágrimas. La que se llevó el triunfo de las desgracias esta semana, fue nuestra amiga, Carmen. ¡Qué perra suerte la suya! Su marido apenas comenzaba a tratarla bien. Ya le había comprado un coche nuevo. Ya le había puesto una casa nueva y mucho más amplia para reponer la mala vida que le dio en épocas pasadas y, que se le viene descomponiendo. La casa no, ni el coche tampoco; lo que se descompuso fue el marido. Pero, ¿quién le manda casarse con un viejo? Un viejo que, además, tenía otra mujer. Como dicen; se sintió muy hombre y por eso puso casa grande y casa chica. Mi amiga Carmen siempre tuvo las nalgas por las nubes. Es que me quiere mucho, decía. Ya me compró mi casa y, como sus negocios marchan muy bien, la suerte me pinta color de rosa. La vida de capillita no es muy socorrida que digamos, le comentaba y le atiné. A lo mejor soy una perra, pero no crean que me alegro. Yo me imaginaba que ese viejo no le daría buena suerte. Así fue. Resulta que su

marido se accidentó y quedó medio paralítico en su cama, ni siquiera en una silla de ruedas. Su mujer, digo, la primera mujer que tuvo, la de la casa grande, que se lo echa a mi amiga Carmen. Órale, querías a mi viejo, pues ahí te lo dejo. Se lo dejó en la casa, todo enfermo. Mi amiga no ha dejado de gastar dinero, porque no es mala persona. Pero, entre medicinas y consultas, tuvo que decirle adiós al coche. El viejo todavía le sigue dando lata. Ahí lo tiene, como prueba de amor. Yo no dudo que, en unos cuantos meses, si no se muere antes su marido, mi amiga terminará vendiendo la casa para mantenerlo vivo.

La que menos sufre, según se dice, es Francis. Pero esa vida ni quién la quiera. Tiene una casa regular y un marido de pura fantasía. Aparentemente es un buen hombre, pero ya todas sabemos que no se le para. Al menos no con mi amiga. En una reunión donde nos echamos unos tragos, Francis contó que a su viejo le gustaban los empleados. Hasta creía que andaban con un compañero de la oficina. Válgame el Señor. ¿Qué le dará a Francis por vivir con un amanerado, sino puede invitarlo a su cama? Ella dice que tiene su libertad bien ganada. Yo digo que tiene sus riesgos andar de pito en pito y ella lo sabe. Pues, una noche se metió con un galanazo, según ella. Pero, cuando la llevó a su departamento, el tipo salió muy loco y le hizo no sé cuantas cochinas. Lo peor fue que le puso una golpiza por andar de caliente. ¿Quién los entiende?

Primero quieren meternos el pito y luego nos maltratan porque nos gusta.

No se trata nada más de cama y de sexo, claro está. También tiene que ver con la soledad. Creo conocerla muy bien, porque a mi madre el hombre se le iba por días, por semanas y hasta por meses. Cuando regresaba, tenía que recibirlo, porque él siempre mandaba el gasto. Los hijos estudiábamos y nos tenía bien comidos. Pero las noches de soledad de mi madre son otra cosa. ¡Qué cabrones hombres que nada más agarran pata y se van quién sabe a dónde! No me extrañaría que pronto conociera algunos medios hermanos, porque me imagino que mi padre no era ningún santo. Seguramente, aunque sea de vez en cuando, se metía con alguna tipa para no sentirse solo.

Esta noche me ha dado por recordar a mis amigas, pero todo se debe a mi mala suerte. Esta tarde me llamó Joel y me dijo que quería hablar conmigo muy seriamente. Por fin, dije yo, se animó a hacerme su esposa. En el trabajo me la pasé muy contenta y hasta cantando. Como Joel quería hablar seriamente conmigo, me hice las más grandes ilusiones de que me pediría matrimonio. No quería fiesta, eso lo sabe él, sólo quiero matrimonio. Aunque tantas de mis amigas anden por la calle de la amargura, no está demás intentarlo con la esperanza de caer en el lado de la excepción y no de la regla. Pues, me habló y ahí voy a cenar encantada de la vida. Mi felicidad siguió hasta que nos retiramos a su departamento.

Después de un trago me dijo que quería casarse conmigo, pero antes de que yo aceptara, comenzó a explicarme que formaríamos un matrimonio moderno. ¿Moderno? Le pregunté y entonces comenzó a caminar por la sala. Sí, respondió, moderno. No me vaya a salir con que también le gustan los hombres y nada más me quiere de pantalla para seguir joteando toda la vida. Eso estaba pensando. Pero no, el matrimonio moderno consistía en que, al mismo tiempo de casarse conmigo, se casaría con otra mujer. Pero, como aquí las leyes no permiten eso, me imagino que una será la arrimada. ¡Qué cosas tan ruines estaba pensando! Lo peor de todo fue cuando me platicó que tiene tres años saliendo con otra mujer y que no puede dejarnos a ninguna de las dos, porque nos ama. ¡Pues, la otra ha de ser muy puta, le grité, porque yo te quiero únicamente para mí, no a medias tintas! No se trata de eso, me dijo; tú sabes que la infidelidad existe, pero yo solamente viviría con ustedes. ¿Y nosotras también podemos tener otro hombre cuando te metas con la otra? No, claro que no, me dijo. El único hombre quiero ser yo. De lo contrario, me romperían el corazón, concluyó. Pues, lo que deben romperte es otra cosa, lo amenacé y le dije no sé cuántas tonterías. Pero, entre más hablaba, comprendí que la estupidez en estas situaciones era infinita. ¡Adiós, cabrón! Quédate con tu piruja y cástate con cuantas quieras. Después de gritarle, me salí de su departamento. Ahora estoy aquí, pensando en todas mis amigas y aceptando que

me llegó la mala suerte. Hubiera preferido ser engañada a que me hablara abiertamente. No sé que cosas digo. Seguramente puras babosadas. Lo que más me duele es que ni yo misma me imaginaba cuánto lo quería. Ha de ser el mismo sentimiento de mi sobrina Karina, que ve a su compañerito de la escuela con mucho amor y el escuincle ni la saluda siquiera. Pues, para no hacer ninguna tontería, aquí me quedo.

No es fácil ser mujer, pero tampoco nadie me dijo que fuera sencillo. Lo único bueno es que un día hubo una tarde, quizá una semana o un mes y, con un poco de suerte, hasta más de un año, en que nos sentimos profundamente amadas. Amadas como ninguna otra mujer en el mundo. Esa posibilidad es la que me permite soñar que cambiará nuestra suerte. Sueño que a mi sobrina Karina, el niño que no la busca, mañana se acerca a su banca y la invita a jugar todo el recreo. Sueño que a mi abuela la seduce un anciano con dulces poemas de amor y que termina sus días amada y conquistada por alguien. Sueño que a Rosa le sale un hombre que reconoce a sus hijos con su nombre y que se la lleva a vivir en una ciudad con playa, como siempre lo ha querido. Sueño que a mi amiga Sofía se la conquista el jardinero de la escuela donde trabaja y pierde sus kilitos de más, gracias a las desveladas del amor. Sueño que a Carmen se le alivia el marido que tiene paralítico y vuelve a trabajar sólo para ella, pues, como su primera mujer lo corrió de la casa después de accidentarse, cuando está

sano ya no le da nada. Sueño que a Francis le ocurre un milagro y que su esposo termina fastidiado de los hombres y le repone todas las noches que no le ha cumplido. Por último, sueño que regresa mi padre y que se queda todos los días junto a mi madre. Luego trato de soñar cosas para mí, pero no pido nada definitivo. Aceptaré lo que venga con la vida, siempre y cuando no me arrebathe la esperanza de ser, otra vez, súbitamente amada por alguien, como todas lo hemos creído alguna vez.

La mamita del mercado

Papá llegaba a casa por las noches. Luego se hundía en la cama como una fugaz aparición. Al día siguiente, antes de que saliera el sol, abandonaba el hogar, como si todo él fuera una masa de oscuridad. Los últimos días de la semana siempre hacía lo mismo. Otra cosa siempre igual era que mamá siempre se quedaba sin dinero suficiente para la comida. Así que se levantaba a lavar ropa ajena, luego la planchaba o cosía la bastilla de un pantalón para entregarlo a primera hora y agenciarse unos cuantos pesos.

Cuando le pagaban se dirigía al mercado. Ahí compraba un kilo de tortillas, un solo jitomate y un puñado de chiles verdes con los cuales preparaba algo de salsa. En casa enrollaba las tortillas y después de acomodarlas en un plato, las rociaba con la salsa. A cada uno de nosotros nos tocaban cuatro o cinco taquitos. Claro, adentro no tenían nada, salvo el cariño que mamá depositaba en ellos al enrollar las tortillas. Los tacos estaban vacíos de todo, menos de esperanza. Otros días nos tocaban seis

tacos, pues papá sólo se comía dos y dejaba el resto para mi hermana, para mi madre y para mí, que ni así me llenaba la barriga.

Una vez acompañé a mamá al mercado. Recorrimos los puestos y nos pasamos largo tiempo preguntando los precios para encontrar los productos más baratos. Cuando solicitaba un tostón de jitomate, el vendedor contestaba que no vendía tostones, sólo de a peso para arriba. Ella se enojaba y después de decirle unas cuantas palabras al verdulero, nos encaminábamos a otro puesto sin comprarle nada.

Así transcurrieron algunos días de nuestra infancia. Nunca le exigimos a mamá que nos hiciera y nos diera de comer, pues en ocasiones apenas había tortillas y unos granos maravillosos de sal. Escuchábamos la radio sentados alrededor de la mesa. Transmitían en ese entonces, una canción que hablaba de un pato perezoso que no hacía nada. En eso mi papá era muy diferente, siempre salía temprano a su trabajo y ponía mucho empeño en sus labores, pero no ganaba lo suficiente. La historia que narraba la canción sólo se parecía a la nuestra en la pobreza. La canción se llamaba *La patita* y la cantaba Cri-Cri. Al momento de escucharla, yo sentía que mamá era La Patita que iba al mercado y que se enojaba porque no podía comprar todo lo que necesitaba. Imaginaba también que los patitos éramos mi hermana y yo. Lo malo de la canción, aparte del pato perezoso, es que nosotros no podíamos comer mosquitos, porque eran muy difíciles de atrapar.

Chiquilla a punto de dar a luz

No, no estoy dormida. Sólo tengo los ojos cerrados. Estoy tan despierta que siento el beso de Chemo. Me lo da en la nuca. También acaricia mis nalgas con sus manos frías. Su tacto me llena de escalofríos el cuerpo. No lo veo, pero sé que está vistiéndose. Los domingos duerme hasta muy tarde, pero a ratos se despierta y jugamos en la cama. Luego nos levantamos y nos vamos al mercado. Ahí compramos las cosas del almuerzo. A veces desayunamos un plato de pozole o tacos de barbacoa. En ocasiones compramos pancita para traer a casa y comemos con sus padres. Pero este domingo tuvo que madrugar. Sé que no tiene ganas de ir, pero no quiere perder el dinero que le darán por trabajar tiempo extra. Me comentó que sólo trabajará medio turno y que regresará pronto. Ahora se pone los tenis y en cuanto termina, me pone encima la sábana y la cobija. Sólo entonces me doy cuenta de que tenía la espalda descubierta. Tiene tantas formas de demostrarme su cariño

que me siento incompleta sin él. Lo quiero mucho. Chemo lo sabe. Por eso vamos a tener un hijo.

Cuando agarra su mochila me siento mal. Pues lo escucho buscar en la cocina las tortas que se lleva al trabajo y no encuentra nada. Como era domingo pensé que almorzaríamos juntos y no las preparé. Ayer fuimos al cine y se me olvidó pasar a la panadería. Me he propuesto ser una mujer muy atenta con mi marido. Pero, como cenamos en la calle, se me olvidó.

Ya no escucho sus movimientos. Ojalá haya encontrado algo para llevarse al trabajo. Aunque no sea gran cosa. Afortunadamente regresará pronto y le cocinaré algo sabroso para reparar mi error. Seguro vendrá con hambre. Cuando cierra la puerta, todavía no son ni las seis de la mañana. Es muy temprano para que me levante. Afuera está oscuro y me alegro de que Chemo haya dejado la luz encendida. Así estaré más tranquila.

Desde que vivo con Chemo, ya no me siento sola. Durante el día platico con mis suegros y, cuando salgo a la calle, me siento contenta. Me gusta que el mundo esté lleno de gente. Hay un espacio, entre la tierra y el cielo, que nos pertenece. En las noches observo las estrellas y algunas veces la luna me parece maravillosa. Desde que estamos juntos, la oscuridad ya no me asusta. Mi cuerpo está confiado a lado suyo. Ahora puedo cerrar los ojos todas las noches y dormirme sin temor, mientras pienso en el hijo que tendremos.

Afuera una puerta se abre y se cierra enseguida. Con los ojos cerrados percibo con mayor claridad los movimientos. Escucho que toman agua y que la arrojan sobre el piso. Me imagino lo demás. La escoba arrastra la basura desde los distintos puntos del patio. Ahora tengo la seguridad de que la persona que se levantó es mi suegra. Conozco, desde antes de vivir con Chemo, su costumbre de levantarse temprano para barrer el patio.

Ahora que el día está más claro, comienzo a levantarme. Es agradable abrir los ojos y mirar la cama donde duermo con Chemo. Huele a piel quemada, un olor que sólo existe después de estar unidos. Nuestro cuarto es pequeño, pero bonito. Cuando llego a la cocina, mis suegros me dan los buenos días y me reciben con una taza de café. Mis suegros están por salir, pero, mientras se despiden, me recomiendan que no trabaje mucho. Está bien, les digo cuando salen de la casa. No voy a almorzar. Me aguantaré con el café y con una pieza de pan. Comeré cuando regrese Chemo del trabajo. Ojalá no venga muy cansado: un corazoncito que va creciendo, lo espera con ansiedad.

Ya es la una de la tarde y me dijo que regresaba cerca de las dos. Ya terminé de arreglar nuestro cuarto. También hice otro poco de quehacer. Aprovecharé el tiempo que me queda para ir por las tortillas, no quiero seguir acariándome a solas el vientre.

Aquí en la calle el sol no deja de brillar. Antes de casarnos, Chemo jugaba fútbol cada domingo. Ahora sólo

sus amigos siguen corriendo detrás de la pelota. Las cosas han cambiado. Nosotros vamos a tener un hijo y él anda trabajando para que nada le falte.

Ya pasaron tres días y no ha vuelto. Un día sólo tiene veinticuatro horas, pero a veces cada hora se convierten en una eternidad. Olvidé lo que hice o dejé de hacer durante estos días. Recuerdo sólo las noches. La oscuridad cayendo sobre la casa, mientras se agotaba la esperanza de que Chemo regresara.

Varias veces quise pasar la noche en vela. Cuando estaba a punto de lograrlo, me ponía tan contenta que me olvidaba de permanecer despierta. Luego, cuando abría los ojos, encontraba el sol en lo alto. Ahora comprendo que no tengo fuerzas para desvelarme.

No ha vuelto y no sabemos por qué tarda en regresar. Su amigo Chabelo asegura que anda trabajando y que por eso no regresó. El domingo me pasé toda la tarde en la cocina. Calenté tantas veces la sopa, que se hizo salada. Metí las tortillas en una bolsa de plástico para que no se enfriaran, pero no llegó ni a comer ni a cenar. Era estúpido seguir calentando las cosas. Comí y cené, pero la pasta no sabía a nada.

“No se preocupe, señora. Usted conoce muy bien a su hijo y sabe que es incapaz de meterse en problemas. Menos ahora que tanto se preocupa por su esposa”. Mi suegra sólo movía la cabeza. A duras penas aceptaba las palabras.

Después de un rato Chabelo decidió retirarse. En la puerta platicó con mi suegro. Lo animó y le comentó que no debía mortificar a las mujeres. Nada de congojas, porque se nos vienen encima las calamidades. Quise decirle que Chemo tenía problemas muy serios, pero me quedaba callada. Chabelo le dijo a mi suegra que pasaría a casa de Fortino para pedirle informes o la dirección del trabajo. “No se preocupe, señora; todo saldrá bien. Mañana en la tarde le traigo razón. Tú tampoco te preocupes, Luisa; tu marido pronto llegará”. Y se fue, dejándonos en medio de un gran silencio. Esto sucedió el lunes, cuando todavía esperábamos que llegara. Su amigo Chabelo no pasó el martes. Seguramente quiso darle tiempo a la esperanza. El miércoles reapareció y desde la puerta preguntó si Chemo ya estaba en casa. Mi suegra lo pasó a la cocina y le ofreció una taza de café.

“Nada más una taza, señora, porque llevo prisa”. Mientras se lo bebía habló de su trabajo, pero ni una sola palabra de Chemo. Muchas gracias por el cafecito”. Eso fue todo lo que dijo Chabelo y después se levantó de la mesa, dispuesto a salir.

Mi suegra tuvo que preguntarle si sabía algo. “¿Todavía siguen preocupadas?” Con la cabeza aceptamos que sí. “Ya les dije que no se preocupen. Chemo no ha venido a casa por su trabajo. Anda apurado consiguiendo dinero para que su hijo nazca sin apuros. Acuérdense que por eso dejó de trabajar en la construcción. Ustedes saben que

le interesa tener un salario seguro. Bueno, ahora sí ya me voy”. Chabelo salió rápidamente, como si de pronto ya no pudiera decir mentiras. Cuando salía de la casa se encontró a mi suegro. De lo contrario nunca me hubiera enterado de nada. No soy curiosa, de verás que no, y tampoco tenía nada qué hacer afuera. Únicamente salí y me quedé en el patio. En la calle escuché que platicaban los dos. Chabelo mencionó que las cosas andaban mal. Primero pasó a preguntar por Fortino. Ahí le dijeron que no había llegado desde el sábado. Pero, luego descubrió que llegaba muy tarde y que se salía muy temprano. Además, Fortino llevaba la cabeza vendada. Después de platicar con mi suegro, decidieron ir al almacén de telas para preguntar qué había pasado con Chemo. Después de acordar dónde se verían al día siguiente, se despidieron.

Yo me acerqué al lavadero y me puse a fregar unos trastos, como si no hubiera pasado nada. Cuando entró mi suegro, me saludó y a continuación me preguntó si teníamos noticias. Ninguna, le dije; todo sigue igual: no ha llegado. No te preocupes, dijo; pronto regresará. Pero sus palabras no eran sinceras. Chemo tampoco estará conmigo esta noche. Ni siquiera puedo mirar la cama, parece un cementerio.

Estaremos muy ocupados, dice mi suegra, pero no quieren decirme a dónde van. Sé que pasarán todo el día buscando a su hijo. Hemos pensando que podrías irte a casa de tus padres, dicen; para que no te sientas sola. Me

quedo callada. Están preocupados, no sólo por Chemo, sino también por el niño que voy a tener. Sabemos que la criatura no tarda en nacer y siempre es mejor que tengas a alguien a tu lado, para que pueda ayudarte. Sigo sin responder nada, recordando lo que sucedió anoche. Pero, si te sientes bien en esta casa, agregan, no tienes porque ir. Piénsalo, concluyen mis suegros mientras abandonan la casa.

Fortino le consiguió el trabajo a Chemo. Por eso hablé con él, para que me informara lo sucedido. Lo tenían detenido, pero en la casa no quisieron decirme nada. Esperé a que se hiciera de noche. Después salí cuidadosamente. Tuve miedo de que me descubrieran saliendo de la casa. Afortunadamente nadie me vio. Caminé por las calles sin que me vieran los vecinos. Llegué a la casa de Fortino y pregunté por él, pero me informaron que todavía no llegaba. Pensé en regresarme a la casa. Finalmente, decidí esperarlo, aunque llegara de madrugada. Estuve recargada en una pared. Por suerte, no llovía ni soplabla el viento. La noche tranquila me cubría con su oscuridad.

Esperé tanto tiempo que las piernas me dolieron. Cuando vi que Fortino se acercaba a su casa, me tranquilicé un poco. Venía caminando a media calle, como si tuviera miedo de las sombras. Cuando me acerqué, ocultó su miedo.

—¡Ah, eres tú, Luisa! ¡Qué alivio! Pensé que...

—Quiero saber qué pasó con Chemo...

—Lo tienen en el bote —me dijo tomándome de un brazo y acercándose a la pared.

—¿Por qué se lo llevaron, Fortino? Tú sabes que es buena gente.

—Me consta. Pero, lo acusaron de robo y hay testigos en su contra. Dicen que se robaron varios rollos de tela del almacén.

Llena de tristeza, me acerqué a Fortino. No buscaba consuelo. Lo hice para arañarlo y desquitar mi coraje.

—¡Cálmate, pendeja! —me dijo—. Yo no tengo la culpa de nada.

—¡Claro que sí! —le respondí—. ¡Tú lo llevaste a ese trabajo!

—No llores, Luisa, piensa que puedes hacerte daño —me soltó las manos y, como ya no usaba la fuerza, me calmé un poco. Fortino estaba contemplándome el vientre—. Todo estará bien, pero tienes que creerme: yo no tuve nada que ver con ese problema.

—Entonces, ¿quién?

—Son cosas que pasan —dijo Fortino mientras me acariciaba el vientre. Sus caricias no me gustaron, porque luego bajó las manos y me agarró las nalgas.

—¡Cómo te atreves a tocarme! ¿No ves que estoy embarazada?

—¿Y eso qué? —Fortino no quitaba sus manos de mi cuerpo—. No por eso dejas de ser mujer, al contrario; te vuelves más hembra —en la primera oportunidad le

puse una cachetada. Sólo así se detuvo—. ¿A poco ya no te acuerdas de lo que pasó entre nosotros?

—Entre nosotros no pasó nada —le respondí.

—¿Cómo de que no? —insistió—. Lo que sucedió en el parque fue inolvidable.

—No vine a hablar de eso; ya lo borré de mi mente.

—Pues, mal hecho, Luisa. De mi parte, es el recuerdo más bello que tengo.

—Olvídate de eso —insistí—. Y dime, ¿qué problemas tiene Chemo?

—A propósito; ¿ya sabe Chemo lo que sucedió entre nosotros?

—¡No pasó nada!

—Está bien, si tú dices que no pasó nada; quiere decir que lo soñé.

—¿Dime por qué lo detuvieron?

—Tu morro es demasiado buena gente, por eso lo tienen donde lo tienen —me dijo Fortino—. El patrón le pidió que denunciara un auto robo, pero no guiso aceptar el trato. Si hubiera dicho que sí, lo hubiera recompensado. Pero, Chemo se pasó de honrado.

Mientras escuchaba a Fortino, la calle se tornó más oscura que cuando estaba esperándolo y comenzó a soplar un viento frío. Me repitió varias veces que Chemo era un tarado, pero que no estaría muchos años en el bote.

—Parece que te alegras de que esté en la cárcel —le dije.

—Claro, a lo mejor se le quita lo pendejo y, si no, peor para él. Además, mientras esté en el bote, quizá retomamos nuestra relación.

—Yo quiero mucho a Chemo. Además, cuando me casé, prometí respetarlo.

—¿Respetarlo? Mis huevos se merecen más respeto. Por eso le ayudé al patrón, para que le echaran la culpa y me dejara el camino libre hacia tus nalgas. Desde aquella vez en el parque, ya no pienso en ninguna otra mujer.

Ya no quise escucharlo. Me eché a correr, porque sus caricias eran más atrevidas y tuve miedo de que pasara lo de aquella otra vez. Ya se la había sacado y, si no me echo a correr, me hubiera levantado el vestido y me hubiera penetrado, sin importarle mi barriga.

Les diré a mis suegros que me iré a casa de mis padres. Allá estaré igual de sola, pero al menos tengo la certeza de que Fortino no me buscará. Aquí es capaz de venir con el pretexto de traer noticias de Chemo. Al fin que entre nosotros no hubo nada de nada. Él insiste que fue mi primer hombre allá en el parque. Sólo porque me obligó a que se la agarrara y luego me la metió a la fuerza. No me explico cómo fue que me dejé llevar, pues no me gusta ni tantito así. Son fregaderas del cuerpo. Cuando me bajó los calzones ni las manos metí y luego, cuando me metió los dedos, estaba toda mojada. Son chingaderas, insisto, porque no quería que nada suyo estuviera en mi cuerpo y, sin embargo, su verga ardiente comenzó a resbalarse dentro

de mí una y otra vez, hasta que terminó por gustarme. Son cosas que le pasan a una, con el fin de que vivamos con el alma mortificada. Pobre Chemo, ojalá que nunca se entere de nada. Por eso he decidido regresar a casa de mis padres. Me duele saber que la cama que compartimos se quedará sola. Ya no crecerán más hongos en mi cuerpo. Chemo ya no sembrará más caricias tiernas en mi piel. Pero mi carne, aparte de débil, seguirá siendo fértil. De nada me ha servido refugiarme en los detalles cotidianos, tratar de no vivir en el pasado. Muchas acciones se vienen arrastrando con sus propias historias, como si los recuerdos nacieran con la misma humedad de la carne. La luz, siempre extraño la luz. Quizá mi alumbramiento tenga que ver con los actos oscuros; con la violencia y la fuerza de Fortino, con su miembro grueso y tosco que me desgarró y terminó por provocarme quejidos y gritos en el vaivén. Ante esa fuerza, han quedado en el fondo de las sábanas, las suaves caricias de Chemo. Me amaba como un duende. Su lengua suave contaminaba mi epidermis de hongos en nuestra corta primavera. La luz, que está por nacer, amenaza con llegar en tonos oscuros. Me duele la piel y el pasado se acerca.

Niña en el recuerdo

Mi hermana Esther, sentada en una silla, saca ruidos extraños al golpear un travesaño con sus pies. Ha estado lloviendo mañana y tarde y los aguaceros han inundado la casa, por eso los muebles están enterrados en el lodo. A Esther no le apetece comer. Apenas mira su plato de caldo, donde sobresale un muslo de gallina. El caldo es blanco, con sabor a hierbabuena, y unos cuantos granos de arroz. Yo me entretengo mirando la terquedad de la llovizna que continúa cayendo en el patio, pero, sobre todo, me dedico a observarla. Lo hago detenidamente, como si fuera necesario atrapar para siempre el recuerdo de mi hermana.

Las tripas no me dejaban en paz. Por eso, cuando mamá preguntó si quería una pierna o dos alas, escogí las dos alas. Así me lleno más la barriga, pensé. También decidí dejar que el caldo se fuera enfriando, para que me lo pudiera comer rápidamente. En esta ocasión no quise ser el primero en atragantarme. Esperé a que mi hermanita

comenzara a comer. La veo tan flaquita y aún así mi hermana no probaba la comida. A lo mejor se asustó cuando la gallina salió corriendo. Hasta yo di un brinco de miedo, la gallina sin cabeza chocaba contra todas las cosas y las salpicaba de sangre.

Yo tuve la culpa de ese percance; la gallina se me zafó de las manos y mamá, que le torcía el pescuezo, no pudo agarrarla. Me asusté mucho más cuando vi que echaba sangre por el pescuezo tronchado. Después la gallina se echó unas maromas y terminó en un rincón de la casa, pataleando, hasta que se le acabó su fuerza. Ya no tenía cabeza, ahora mi mamá la sostenía en una de sus manos. Luego, mamá recogió al animal y junto con la cabeza, la metió en la cubeta de agua hirviendo. Sin comentar nuestro accidente, la hundió varias veces y luego comenzó a desplumarla. Ni ella ni yo miramos por una sola vez hacia donde estaba Esther. Como si el hecho de ignorarla, cancelara definitivamente el suceso. Desde luego que presencié todo. Pero, nuestras miradas jamás se cruzaron. Mi madre es capaz de ignorar casi todo, excepto aquella en que tenga ocupadas las manos. Por mi parte, agarré el trapo de la cocina y comencé a limpiar el reguero de sangre. La junté toda, después de enjuagar varias veces el trapo que agarró un color rosado. La casa no se veía manchada de sangre, por ningún lado.

Quizá mi hermana no quiere comer por eso. Porque le matamos a su gallina de los huevos de oro. Seguramente

siente una gran tristeza al saberla muerta. A mí también me dio lástima. Era mucha convivencia la nuestra, aunque nunca durmió en mi cuarto ni mucho menos en la cama. En cambio, sí lo hizo muchas ocasiones en la cabecera de la cama de Esther. Pero, estuvo bien que la matáramos, digo yo. Ya tenía varios días sin cacaraquear ni poner huevos. Ni siquiera uno sólo para que comiera mi hermana. Además, papá ya tenía muchos días sin trabajo y a veces no teníamos ni frijoles en la lumbre, apenas un altillo de tortillas. Aquella tarde yo estaba contento, porque sabía que cuando regresara papá cuando menos habría un plato de caldo para que cenara y, con un poco de suerte, a lo mejor hasta nos daba la noticia de que ya hubiera encontrado trabajo.

Mamá y papá decían que mi hermana se merece todo lo que podamos darle. Yo siempre le doy las canicas que les gano a los cuates, pero ella las tira quién sabe dónde. Yo la miraba y sabía que tenía hambre, pero no probaba bocado porque el muslo de su plato pertenecía a su gallina. Ella lo sabía perfectamente bien, por eso estaba triste. Sin embargo, no puede llorar y por eso no logra superar la tristeza. Hubiera sido mejor que desbaratara su pena en lágrimas. Está más flaca que yo, pero siempre he pensado que se enfermó porque no sabe llorar y de veras que no es tan fácil.

Aquella vez, a pesar del hambre, tampoco pude comer, pues mi hermana comenzó a llorar de repente y su pechito no se quedaba en paz ni un solo momento. Después siguió

llorando toda la tarde y gran parte de la noche, como si de pronto hubiera aprendido a hacerlo. Tres días después Esther murió. De aquellos días perdidos entre la llovizna, sólo recuerdo el rostro pequeño y pálido de mi hermana muerta, acomodada en un ataúd; como si estuviera durmiendo y, al mismo tiempo, tuviera un poco de hambre.

Hembras que caen en la oscuridad

Ahora en el pueblo todo parece nuevo. Las fachadas de las casas están encaladas, pero esto no es la novedad. Usted sabe muy bien que esto se acostumbra hacerlo antes de que la feria se nos venga encima. La gente parece que vuelve a vivir. Los estuve mirando pasear por la plaza, pelando los dientes con absoluta confianza, como si ya no les pesara el alma. Hasta estoy seguro de que por las noches tienen sus ratos alegres y húmedos.

Ahora ya no se corre tanto peligro por andar presumiendo la alegría a flor de piel. La presidencia municipal cuenta, por fin, con dos policías. Antes, qué esperanza. Pasaban los meses y el pueblo no contaba con alguna persona que pusiera tantito empeño en la seguridad de los demás. No quisiera padrecito, que se tomara como reproche lo que pienso. Yo, más que nadie, estoy consciente de que había una razón muy poderosa para no trabajar a lado de la ley. Los despistados que le entraban al toro (cosa que

sucedió en tres ocasiones) nunca pasaron del mes y pronto los veíamos acomodados en las cajas de madera.

Todas estas desgracias eran cosa de mi compadre. A Polo nunca le agradaron las personas que se sentían con el derecho de apaciguarlo. Por eso se los iba quebrando uno por uno. Sin apresuramientos, decía, para darle tiempo a mi conciencia para que descanse de tanta muerte.

Lo conocí desde que los dos éramos unos escuincles. Sé que nunca le gustó que le gritaran ni que lo obligaran a estarse quieto. Nada más su madrecita le daba órdenes. Pero, doña Petra ya estaba requeteimposibilitada para meterse en los argüendes de los vivos. Por otra parte, usted sabe que nunca faltan los desentendidos que desean hacerse valer. Bueno, cuando entraban los rurales con el encargo de detener a mi compadre Polo, terminaban con unos tiros en la barriga. Con él no cabían fregaderas. Vamos, pues, ni fregaderitas. Sabrá usted que no había quién se metiera o dijera esta boca es mía, tratando de aplacar a mi compadre. Por más dinero que le paguen a uno la autoridad, el dinero se bota si uno aprecia los dientes. Además, estábamos enterados de que en el cargador de la pistola de mi compadre Polo, nunca faltaban balas. Y sabíamos también que no titubeaba para dejarles vía libre para que buscaran un lugar donde descansar. Por supuesto, ante esa posibilidad, nadie quería prestarle barriga alguna.

Nunca fuimos compadres de verdad. Nos decíamos así, porque siempre andábamos juntos. De chamacos

corríamos juntos hacia el río, para ver cómo se bañaban las mujeres, siempre nos gustó estos de ver tetas enjabonadas o flotando entre la corriente del río. Ya de grandes, nos encantaba subir a la sierra. Íbamos de cacería para traer jabalí o venado sin que la policía rural nos agarrara. Una cosa sí le digo sinceramente: si hubiéramos seguido juntos, también hubiéramos jalado juntos para el infierno.

Usted sabe que a mi compadre le empezaron a gustar las mujeres desde chico. Antes de cumplir los 17 años se robó a la primera muchacha. Se llamaba Martha y era hija de Jacinta. Era una niña güerita con el cuerpo recién floreado. Así empezaron sus pasiones y también empezaron sus problemas. Dos policías y un hermano de la muchacha se fueron siguiéndolo. Se dice que pasaron por el Potrero del Llano. Luego los vieron por la ranchería de La Compuerta y otros aseguran que también llegaron a Rancho Nuevo. Nadie sabe por cuántos lugares anduvieron siguiéndolo, pero lo cierto es que ya no regresaron. Aparecieron tirados en un potrero, bajando la sierra de Ocampo. Los encontraron por el montón de zopilotes que volaban encima de ellos. Más tarde las autoridades dijeron que los habían matado a balazos, cosa fácil de saber por los tremendos hoyos que tenían en el cuerpo.

El primer sospechoso de esas muertes estaba a la vista. Así que ya sabe: le echaron la culpa a mi compadre Polo, pero no pudieron comprobarle nada. Primero, porque los difuntos ya no podían acusarlo y, segundo, porque

nunca más volvieron a ver a Martha por ningún lado. Le hicieron juicio y toda la cosa, pero mi compadre negó toda acusación. Por esos días, dijo, andaba por San Fernando echando la copa y preparándose para la pizca de algodón. Hasta consiguió unos compas que dijeran lo mismo y, finalmente, lo soltaron.

De Marthita no se supo nada, hasta varios años después. Alguien soltó el chisme que andaba de puta por allá en el puerto de Tampico. Luego se suavizó el asunto y dijeron que andaba de sirvienta. El caso es que ya no regresó al pueblo. Pero todos sabíamos que se la había robado mi compadre Polo. Quizá sólo yo lo sabía de palabra cierta, pues mi compadre Polo me dijo que a la chamaca le temblaban las piernas cuando quiso penetrarla por primera vez, pero después de la tercera ensartada, Martha se abría tanto que tuvo miedo de partirla en dos. Desde entonces se ganó enemigos en todo el pueblo. Más tarde se metió con las mujeres casadas y, cuando llegaba el domingo, los maridos ofendidos le reclamaban. Pero, nunca lo hicieron en su juicio y, como andaban borrachos, mi compadre Polo los molía a golpes. Luego siguieron los policías de la presidencia. Después de liarse a golpes con cualquier fulano, los policías querían arrestarlo y también se llevaban lo suyo, aunque no estuvieran borrachos. Nunca faltó el policía que sacara su pistola para amedrentarlo, pero mi compadre ya tenía lista la suya desde antes. Cuando se escuchaban disparos en el pueblo, la gente se enteraba

de que seríamos invitados a beber un jarro de café en alguna casa vecina. Así fueron aumentando los cadáveres y los odios que iba sembrando. Esta era la razón por la cual los hombres de buen juicio no le entraban a fungir como guardianes del orden, pues tarde o temprano se la tenían que ver con mi compadre Polo y eso, dicho en otras palabras, equivalía a buscarse una muerte segura.

La gente del pueblo le retiró hasta el saludo. Pronto sólo le quedó mi amistad. Quizá como era el único terco en seguir hablándole, siempre me platicaba todo lo que pasaba por su mente. Aunque la verdad yo nunca entendí nada de sus sentimientos, a pesar de escucharlo con mucha atención. ¿Quién puede entender a esas criaturas que andan por el mundo sin permiso del Señor? Creo que ni ellos mismos pueden hacerlo.

Mi compadre también les tomó coraje. Parezco un apestado, decía ahogado de aguardiente. Nadie me habla y todos me sacan la vuelta. Es por venganza que me robo a las mujeres, decía él. Pero nada es cierto. Eso de la robadera comenzó mucho antes. Era un juego de odios de nunca acabar, cada que desaparecía una muchacha, le aumentaba un enemigo más. Incluso aunque él no se la hubiera robado, quién más quién menos, otros hombres también se robaban a sus hembras. Pero, si mi compadre Polo se fugaba con una muchacha y resultaba que esta tenía hermanos, los enemigos aumentaban al por mayor. A veces hasta los novios querían lavar la ofensa que les había hecho. Cosa

exagerada, si se le ve bien. Sin embargo, así son las cosas; si te creas mala fama, no puedes echarte a dormir.

Lo malo de estas cosas es que yo tuve mucho que ver con la perdición de estas mujeres. Algunas noches, ya cuando la luna estaba en lo alto, escuchaba su chiflido. Enseguida salía a su encuentro, pues tengo el sueño ligero. “Buenas noches, compadre...”. Durante la pausa me echaba un brazo al hombro. “¿Me apadrinas la que sigue?”. Ese era el motivo de su visita y mi respuesta nunca variaba: claro, ya sabes que sí.

Entonces, me dirigía al corral y le ensillaba al Pinto. No es que mi compadre no tuviera caballo, tenía más ganado que yo. Pero, mi cuaco era muy obediente y, además, era el caballo más rápido de varios pueblos a la redonda. Mientras yo le preparaba la montura, él fumaba tranquilamente. Aprovechaba el tiempo para revisar su pistola. Precaución que no dejaba de lado nunca, pues sabía que alguien podía hacerle frente. Cuando le sobraba tiempo, agarraba mis oídos para platicar sus cosas. “Fíjate que, a Esperanza, con más de cuarenta años, nadie le había hecho el favor. Tenía el pellejito intacto y yo fui quien la estrenó. De ahora en adelante, ya podrá dedicarse a vestir y desvestir santos y también podrá atender a uno que otro demonio que la visite por *ahí*, aunque también por *allá* tiene su encanto”. Así platicaba su asunto con Esperanza, una de las mujeres solteras del pueblo a la que siempre le andaba chuleando el culo.

Al día siguiente, como es de suponer, se corría la voz de que en el pueblo, o en alguna ranchería cercana, se había robado una muchacha. Lo que me causaba desconcierto es que ninguna mujer regresaba. Mi compadre Polo aparecía al cuarto o quinto día, incluso unas semanas después, pero de las muchachas nunca tuvimos noticias. Salvo de Martha, a la que vieron de piruja allá en Tampico. También supimos de Eduviges, pero a esa mujer no se la robó. Nada más la usó a la orilla del camino y no tuvo buena suerte que digamos. Porque la mujer le llevaba el almuerzo a su marido y, antes de llegar al potrero, mi compadre Polo la detuvo, hizo su cosa con ella y allí le dejó, a un lado de la vereda, con las nalgas llenas de tierra y con la ropa desgarrada. Así la encontró su esposo, pero, en lugar de buscar al culpable, agarró una tranca y le atizó un buen golpe en la cabeza de Eduviges. Ahora el esposo anda huyendo y la mujer está muy trastornada, casi loca. Mi comadre hasta se burla, dice que la enloqueció con su miembro y que, a las próximas, también se las meterá con tierra, pues ya descubrió que eso las hace perder la cabeza.

Un día, como sin querer la cosa, le pregunté a mi compadre por ellas. Sin darle importancia al asunto, me contestó: “Las dejo en una cueva, para que se las coman las fieras”. Ya no dijo nada más y, como estábamos en una cantina, me invitó un trago. Nunca supe más. Mi compadre, en este asunto de las hembras robadas, siempre tuvo la lengua muy reservada. Al menos para platicar, porque

me imagino que para lo demás no. Una ocasión me platicó que traía la boca toda escaldada y la lengua partida. “Fíjate que Luz María tiene los vellos negros y muy gruesos. No tiene mal sabor, pero lo malo fue que no quería soltarme hasta que se chorreó. La muchacha se quedó sin fuerzas y con todo el pubis enrojecido, pero a mi me duele hasta la barbilla y no aguanto la lengua. Tendré que dejarla descansar más de una semana”. Ay, qué cosas me platicó.

La gente del Palmillas ya no lo aguantaba. Hacían sus juntas, cambiaban de policías y todo seguía igual. Por debajo del agua ofrecieron dinero a quien lo matara, pero nadie se animó a cerrar el trato. Todo parecía que seguiría igual por un buen tiempo, pero no fue así. Un día mi compadre Polo y yo nos encontramos en una cantina. Después de unos tragos, me hizo una confidencia que no me gustó: “Lucía será la siguiente. Se está poniendo rechula. ¿Me la apadrinas, compadre?”. Me puse colorado de coraje, pero, haciendo de tripas corazón, me controlé. Traté de convencerlo para que no lo hiciera. Las demás mujeres no me importaban, pero Lucía sí. Usted podrá pensar, y con justa razón, que soy un miserable. ¿Cuál es la razón? Pues, las demás mujeres tenían muy bonitas nalgas y todo lo demás, pero ni me calentaban ni me llenaban la mente de estallidos. Sin embargo, con las caricias de Lucía todo me resultaba diferente. Esa es la verdad: a las demás se las podía echar cuántas veces quisiera, pero a Lucía no.

En una fiesta me animé a bailar con ella y, al tenerla cerca, sentí el calor de su cuerpo. No diré cómo, pero descubrí que ella también me necesitaba. Por eso me dolían las palabras de mi compadre. Con humildad le pedí que no se metiera con ella y el muy desgraciado, soltaba una risita y seguía empeñado en su capricho. Terminé pidiéndole que la olvidara. No le permitiría que se aprovechara de ella y que la dejara en una cueva. Por nada del mundo quería que le pasara algo malo. Así se lo dije. Mi compadre Polo se enfureció y nos agarramos a golpes dentro de la cantina. Bueno, esto de que nos agarramos a golpes es un decir, porque más bien él me agarró a puñetazos y me puso una buena friega. Tan buena friega fue, que terminé tendido en un catre durante cuatro días. Estaba lleno de golpes, pero sobre todo de tristeza.

Mientras sanaba, le tomé coraje a mi compadre. No dejaba de pensar en la forma de desquitarme. Tenía que ser algo definitivo, para que no sucediera nada parecido entre nosotros. Cuando pude levantarme del catre ya había tomado una decisión. Fui a la junta del pueblo, donde se reunían los principales. Todavía no terminaban de hablar cuando les dije que yo estaba bien puesto para realizar ese encargo. Todos los presentes tenían ofensas que cobrarle. Lo mismo ricos que pobretones, así que no se hicieron del rogar. Enseguida dijeron: “Te damos tanto de momento y el resto, cuando esté muerto”. Asentí con la cabeza para que vieran que estaba de acuerdo. Ni siquiera

presté interés por la cantidad que me ofrecieron. Los dejé juntando el dinero que me entregarían.

Hablé a solas con Lucía. Le conté lo que pasaba y, por supuesto, le confesé que la quería. Ella correspondió a mis sentimientos. Esa misma tarde fui a su casa para hablar con sus viejos. Ellos estaban enterados del pleito de la cantina y ahora sabían que fue por defender a su hija. No pusieron trabas y me aceptaron como su futuro yerno. Terminamos la platica poniendo fecha para la boda, estábamos seguros de que todo saldría bien. Luego dejé que los días se me vinieran encima, pero sin que el coraje disminuyera. No tenía prisa para ejecutar mi venganza, propósito que, bien visto, era de todo el pueblo.

Una noche llegó mi compadre pensando que el pleito estaba olvidado. Seguía con el propósito de robarse a Lucía y fue a verme para que le prestara al Pinto. Bueno, llené mis venas de sangre fría y se lo arreglé, como siempre que me buscaba. Recuerdo que me miró a la cara buscando camorra, pero ni caso le hice. Seguramente pensó que le tenía miedo. Me sonrió y yo también le mostré los dientes. Total, a lo mejor era la última sonrisa que soltaba al mundo. Después de montarse al caballo, se acomodó el sombrero y me dijo: “Gracias compadre, luego nos vemos”. Esperé a que se perdiera por la vereda del estanque y salí hecho la mocha, para llegar primero a la casa de mis suegros.

Más tarde llegó mi compadre a la casa de Lucía. Le chifló para que saliera. Ella no asomó ni las narices. Entonces, se brincó la barda y empezaron a ladrar los perros. Los hombres que estábamos adentro (mi suegro, uno de mis cuñados y yo), le dimos la bienvenida a balazos. Después de verlo caer, salí de la casa con la pistola en la mano. Me acerqué lentamente, para que no fuera a dispararme. Estaba tendido en el suelo y pensé que se estaba burlando de mí por dispararle a traición. No me gustó nada el gesto burlón de su cara y con otra descarga que le desbarato la sonrisa. Cuando mi arma enmudeció, puede ver lo que le quedaba de cara bajo la luz de la luna. Estaba pálido como el caliche y ni siquiera la sangre le daba un poco de color. Tenía los ojos muy abiertos, como si nunca hubiera esperado la sorpresa que se llevó esa noche.

Estaba mirándolo cuando escuché ruido. Me llené de miedo y de escalofrío, pero sólo era mi suegro y mi cuñado que se acercaban a ver al muerto. Mi suegro se quitó el sombrero y se persignó. Lo mismo hizo mi cuñado. Mi suegro parecía mudo. Tenía el rostro de piedra y los labios cerrados con fuerza. Parecía que nunca fuera a salir su voz. Pero, antes de que comenzara a caminar rumbo a su casa, dijo: “Ojalá que se lo lleve el diablo”. Enseguida tomó de un brazo a su hijo y se fue derecho a la casa. Después de entrar, cerraron la puerta con sumo cuidado.

Yo levanté al difunto. Lo eché al caballo y lo tapé con unos manojos de rastrojo. Luego jalé las riendas del

Pinto para que los señores de la junta lo vieran muerto y me dieran la paga. Estaban reunidos esperando noticias, pero, cuando toqué a la puerta, nada más salió una persona. Levantó un poco el rastrojo y, después de ver el cadáver, me dio el dinero. Luego regresó para reunirse con los demás. Antes de cerrar la puerta me dijo: “Lléveselo lejos. Al infierno, si puede.” Yo no dije nada. Desde del pleito que tuve con mi compadre, me volví muy callado. Ahora que lo había matado, tampoco me crecieron las ganas de hablar.

Enfilé por el camino de la sierra dormilona. Cuando llegué a lo más tupido del monte, el Pinto se asustó y se puso a relinchar. No pude controlarlo y el cuerpo de mi compadre Polo cayó al suelo. El caballo se echó a correr por entre el monte hasta que desapareció. Entonces, comenzó un viento tremendo que me voló el sombrero. Las ramas y las hojas de los árboles me golpeaban con fuerza. Así que me protegí detrás de una piedra enorme y, mientras siguió la ventisca, me hiqué con las manos en el pecho y me puse a rezar. Asisto poco a las misas, pero en ese momento me salieron las oraciones completitas y hasta con verdadero sentimiento de creyente en mi corazón.

Cuando pasó el ventarrón, me levanté para ver lo sucedido. Los árboles estaban deshojados. Busqué por todas partes el cadáver de mi compadre Polo y no estaba. Le grité al Pinto con todas mis fuerzas y nada. Le chiflé varias veces y tampoco apareció por ningún lado. Sin

perder tiempo, regresé al pueblo. Cuando venía bajando de la Sierra Dormilona, sólo traía la intención de entrar a la iglesia y platicarle a usted, todo lo que hice y vi aquella noche. Si no cumplí mi cometido, fue porque estaban llegando algunas personas a la misa de gallo. No quise juntarme, sobre todo, con las beatas que viven recubiertas de oraciones y que repelen el pecado. Me fui derecho a la cantina, don Aarón Camacho me atendió a pesar de la hora. Me terminé casi un litro de tequila en menos de una hora. Lo hice para ahogar los remordimientos de conciencia. No eran solamente por la muerte de mi compadre, sino también por mi caballo. No me cabe la menor duda de que a Polo se lo llevó el mismo diablo. Sin embargo, mi Pinto no tiene ni pizca de culpa. Señor cura, hasta ahora es que vengo a pedirle por el alma de aquel bruto y de aquellas mujeres que cayeron en la oscuridad. Tengo la conciencia tranquila, en relación a Polo. Si se lo llevó el diablo, está bien. Si se está pudriendo en el monte, me da igual. Tampoco me sorprendería que las mujeres que se robó aparezcan en alguna lonchata. No sería el primer hombre que ande vendiendo mujeres después de disfrutarlas. Para mí que se las llevó el diablo, pero, si andan de pirujas, de cualquier manera, me parece que esas hembras cayeron en la oscuridad. Pero, el Pinto era un noble animal.

La Palomita del Viejo Tejones

Maestro... esa era la palabra, porque el coordinador de la sección cultural inició con las vacas sagradas de la narrativa y dramaturgia nacional. Maestro, quisiera publicar con usted... Ni siquiera pudo terminar la idea y ya le estaban contestando. No, joven, ya no hay espacio para un colaborador más. ¿Se lo digo o no se lo digo? El dilema se acabó pronto, pues las crónicas que llevaba el joven, agradaron a uno de sus hijos y le propuso que visitara al jefe. Su bodoque me dijo que seguramente le gustarían, que se las trajera. Gruagg, un sonido gutural arcaico, como si fuera a romper su promesa de no leer nunca más a los jóvenes del país que le abrió las puertas, porque esa oportunidad de rehacer la vida en otro territorio ya la tenía olvidado, lo que no pasaría jamás con su acento extranjero. No quiso ser tan intolerante, hacia el talento nativo. Una vez más, se dejó convencer por la opinión de su hijo. Además, sin resultar grosero, ya tenía una solución a la mano: Palomis,

¿puedes venir? Una joven se acercó al privado que tenía el Viejo en la redacción del periódico; antes de entrar, se abrió un par de botones y la blusa dejó ver una buena porción de sus senos. ¿Crees que tengamos espacio para unas crónicas en la vespertina? Palomis miró al imberbe escritor, como si este no ocupara espacio en la sala y, en efecto, la joven promesa literaria estaba orbitando en la blancura de aquellos senos que no se lucían para él. Si los trabajos son breves, podríamos acomodarlos. Son apenas de una cuartilla y media, dijo el joven. El Viejo, casi vaca vagrada, se decidió a hablar: Entonces, déjelas con la bella Paloma y revise la segunda edición, para ver cuándo salen publicadas. El joven le entregó a la chica su folder con varias crónicas citadinas y aprovechó la cercanía para ver esas partes turgentes. Muchas gracias, murmuró al maestro. Las croniquitas las pagamos en cincuenta pesos, dijo y dio por terminada la reunión. Palomis, tú no te vayas; quiero mostrarte la frase que publicaremos hoy en la sección el Dinosaurio Ignorante; ya tú eliges si lo pones en el recuadro derecho o izquierdo...

La entrevista fue breve, pero le brindó la posibilidad de verse publicado. Dejó pasar dos tardes y, a partir del tercer día, comenzó a comprar la edición vespertina del diario. Diez días después salieron dos párrafos de los cinco que contenía una de sus crónicas: conservó su título y apareció su nombre con el apellido paterno. Se alegró, aunque desde luego no fue a cobrar esa colaboración. Gastó cincuenta

pesos en diez ejemplares de la edición vespertina. Si antes de quince días sale alguna otra de mis crónicas, aunque venga mutilada, haré mi recibo de honorarios..., pero, no sucedió tal cosa y nunca más compró ese diario, ni ningún otro. Como había dicho el Viejo Tejones, las crónicas las pagaban en cincuenta pesos, como la suya no salió completa, corría el riesgo de que le ofrecieran veinte pesos y lo que gastaría en pasajes sería el doble. Algo, en ese oficio de cronista freelance, no valía la pena.

Musas de papel cansado

Les contaré como fue que me convertí en el héroe de todas mis aventuras. De cómo mi pluma dio sus primeros pasos. Es decir, de cómo surgieron también los primeros tropiezos literarios, cuando no encontré ni siquiera una musa de papel para soñar con ella, situación que resultó muy grave para mis antiguas tardes de adolescente. Me imagino que algunos de ustedes pasaron por algunos sin sabores de soledad y, quizá por eso, se interesen en estos líos de papel cansado, donde lloré a más de una mujer.

Todo comenzó aquella tarde en que los programas de la televisión me aburrieron hasta el cansancio, así que decidí buscar otra actividad. Después de pensarlo un poco y dado que tenía una pluma fuente, una máquina con cinta nueva y varias hojas a la mano, decidí que mi nueva ocupación sería la de *escritor*. Inmediatamente puse un anuncio en el periódico de la inspiración buscando personajes literarios, asegurándoles un buen desarrollo en las cuartillas

que escribiera, pero nunca aseguré la fama. Para ser sincero, diré que sólo tenía pensado emplear mujeres hermosas, en cuerpo y alma, y que rebozaran una juventud rotunda; pero, para no ser tachado de sexista, sólo publiqué el anuncio solicitando personajes, pues, ya tendría tiempo de seleccionar mi reparto entre los que se presentaran.

Hasta el borde de mis cuartillas llegaron entre diez y quince personajes de diferentes estratos sociales, sexos y edades. Serví algunas tazas de café soluble y les invité a beber. Estaba a punto de iniciar mi primer argumento, cuando un personaje me pidió un cigarrillo. Tratando de ser amable, se lo ofrecí y se lo encendí con gusto; craso error de mi parte, después de tres fumadas murió asfixiado. Estaba enfermo de cáncer y mi ignorancia sólo sirvió para darle un empujoncito. El entierro fue un buen lío. El hálito de la muerte altera a todos y mucho más a los personajes de ficción, aunque se supone que aparecen con cierto signo de inmortalidad. De inmediato, cuatro de ellos se vistieron de luto y se arrinconaron en la cinta de la máquina de escribir y nunca más se asomaron ni por el borde de mis cuartillas. Eso significaba sentarse a escribir con la mano izquierda.

A pesar de este contratiempo, la obsesión por llegar a plasmar lo que sería una de mis primeras escenas dramática no disminuyó. Cuando menos trataré de terminar el primer tomo de mis obras completas, me dije sin perder de vista mi afán de ser escritor. Volví a la carga después

del novenario de rigor y superé las nueve cuartillas insertables, donde las musas hicieron lo que quisieron, menos trabajar. Fui y me serví un vaso de whisky, con demasiadas rocas. Después de dos tragos, el vaso de mi bebida comenzó a transpirar. En mejor estado de ánimo, los diez personajes y yo logramos, por fin, un ambiente propicio. Entonces iniciamos el trabajo y cuando esperaba que por la tarde estuviera poniendo el punto final a mi primer relato... Los problemas surgieron como por arte de magia.

La prostituta, el personaje que más me gustaba, no permitió que la desnudara ni que la manoseara en las primeras escenas. Yo quise meter un poco de acción sexual en mis párrafos para que la lectura fuera amena e interesante para los lectores masculinos, pero la mujer ideada, resultó todo un personaje insurrecto; nomás no aceptó. Desde mi punto de vista supuse que era necesario un poco de erotismo y pornografía o, de lo contrario, los lectores mandarían mis cuentos a la goma para ser borrados de su buen gusto literario. Cuando quise obligarla, se opuso tenazmente. Me rasguñó la cara, me dijo una andanada de malas palabras y abandonó las cuartillas dejando varios párrafos completamente en blanco. Decidió irse a trabajar a otro sitio, mientras yo me preguntaba en dónde habría adquirido tanta dignidad si me parecía una piruja vulgar y barata. Pero, entrando en terrenos de la sinceridad; esto lo escribí por despecho, la verdad me parecía un bello ejemplar de mujer.

Después de estos momentos de malestar... siguieron otros peores. Ya estaba fatigado por la obsesión de terminar mi primer cuento a como diera lugar. Ese era mi propósito. Para tal fin, tomé a dos personajes masculinos y lo primero que me pidieron fue que ambos deseaban ser los héroes de la historia. Ninguno quiso ser el canalla dentro de la trama y, como un cuento con puros personajes nobles y buenos no me parecía interesante, tomé una decisión de inmediato. Sin pensarlo dos veces, saqué la cuartilla de la máquina, la doblé cuidadosamente hasta construir un avioncito de papel. Luego, me las ingenié para que los dos personajes abordaran la nave de papel y los mandé en un vuelo que terminó accidentado en un rincón del cuarto. Por supuesto, era de preverse, los personajes solicitaron auxilio, pero los dejé morir sin mayor consideración.

Me quedaban ocho personajes. Tratando de meditar un poco la nueva historia, tomé a seis de ellos (cuatro hombres y dos mujeres), y formé dos bandos. Les di un territorio cuyas fronteras colindaban y decidí que defendieran una creencia diferente entre cada grupo. Ya tenía meditado y decidido que al final se diera una armonía entre las dos formas de pensar. Se me ocurrió que hubiera un matrimonio de la mujer del bando (X) equis, con un hombre del bando (Y) ye y viceversa. Mientras que los dos hombres que me sobraban en el reparto, decidí hacerlos místicos o ascetas, porque desde un principio me negué a que pudieran tener una relación homosexual. De más está decir,

pero, cada que se encontraban juntos o describía un atardecer, los dos lo contemplaban con el mismo tipo de mirada. Había planeado todo esto con el propósito de plantear al final del cuento que las separaciones geográficas y espirituales se superan con el amor entre las parejas y con la armonía entre el resto de los hombres. Pero, cuando volví a la máquina, me encontré en la primera escena a uno de los personajes acuchillados. Cuando pasé al siguiente párrafo, dos personajes del bando contrario estaban colocando una bomba en un auto que estallaría puntualmente en territorio contrario. En un breve diálogo, aseguraban que matarían a una de las mujeres que permanecía al margen de las rivalidades, pero que les parecía la más desprotegida y eso les facilitaba la tarea.

Cuando traté de acomodar una hoja más en el rodillo de la máquina, dispuesto a evitar tanta violencia, noté que, bajo el vestuario de los sobrevivientes, ocultaban varios artefactos explosivos y que estaban listos para volar en pedazos. Me alejé de inmediato de esas cuartillas, pero les brindé el final adecuado; les prendí fuego. Cuando el papel se carbonizó, dentro de su frágil negrura, aún resplandecía el odio que los personajes se habían profesado con verdadera emoción.

Al siguiente intento, sabiendo que era difícil trabajar con varios personajes, escogí sólo a uno. Iba librando los obstáculos más o menos bien, inclusive el título del cuento me pareció agradable y significativo. Además, creo que

el planteamiento de la historia lograba crear cierta expectativa. Llegué hasta la cuarta cuartilla sin tener fricciones con el personaje. Pero, al enterarse de que estaba haciendo el papel de un homosexual reprimido y que al final de la historia saldría del clóset, se alteró más de la cuenta. Traté de explicarle que sus inclinaciones sexuales se manejaban de forma velada, pero, aun así, puso el grito en el cielo y pegó un alarido en el infierno. Se disgustó de manera enérgica conmigo y solicitó que, de inmediato, le cambiara ese pecaminoso rol. Alegó que pertenecía a una familia de abolengo y que llegarían a correrlo de la casa, cosa que no le preocupaba nada, pero podrían dejarlo sin su parte de una cuantiosa herencia y, en ese sentido, no estaba dispuesto a correr tal suerte. Dijo que, debido a esas preferencias que yo le dibujaba, también existía el peligro de que perdiera el alto puesto que ocupaba en la empresa familiar, pues los demás directivos siempre se inmiscuían en las inclinaciones sexuales del personal. Total, que no me permitió explicarle nada y salió huyendo entre los renglones ya escritos.

Así marchaban las cosas, pero ya se vislumbraban peores tragedias en mi horizonte creativo. Mientras esto sucedía con los primeros personajes que iba desechando, el resto de ellos empezaron a renegar y a culparme de la situación anónima en que se hallaban. Les pedí un poco de tiempo para darlos a conocer ante el gran público y que los lanzaría al estrellato en la primera plaqueta que publicara.

Incluso, dentro de mi alegato, aproveché para culpar a los desertores de mi poco equilibrio creativo. En fin, detallaré un poco más estos sucesos.

Quienes aún permanecían todavía en el escritorio me echaron en cara que nada tenía que hacer como escritor y me auguraban un estrepitoso fracaso. Unos criticaban mi prosa torpe, otros mi parquedad en las descripciones y no faltó quien señalara los pocos puntos de vista con que presentaba las historias. Uno de los personajes que permanecían en la orilla de la hoja en blanco, sólo deseaba colaborar en los cuentos de alguien famoso. Dicho comentario me molestó y, sin dudarle, le puse un latigazo con el dedo índice y lo arrojé por la borda. Como las críticas no disminuyeron, froté la yema del dedo pulgar de mi mano y aplasté al que encabezaba la rebelión. El resto de los personajes gritaron consignas sobre mis negras intenciones, pues era obvio que mi situación no me permitiría construir alguna historia utilizando sus ficticias vidas. Nadie quería arriesgarse a terminar guardados y empolvados en un cajón después de ser descritos. Para evitar su frustración, sacaron pancartas donde manifestaban su negación a participar en mis ejercicios literarios. Sin embargo, sus protestas no me produjeron mayor desánimo y, cuando terminaron su mitin, dejé que se fueran. No, ya no había dolor en mi alma, pues al verlos marchar tan unidos, comprendí que ellos iban en busca de mejores horizontes literarios.

No sé por cuánto tiempo más seguí sentado frente a mi escritorio. Mirando la cuartilla en blanco que procuraba enloquecerme al primero de mis descuidos. Lamento escribirlo, pero tuve que escupir un tremendo gargajo sobre la hoja que tenía enfrente, para demostrarle que, entre muchas otras cosas, en mi cerebro tenía suficiente asco para no permanecer impávido. La hoja se fue al bote de la basura enseguida, tratando de conservar su pequeña dignidad. Luego de este acto, que pensé valeroso, su hermana de papel llegó con claros síntomas de querer destruirme moralmente. Opté, entonces, por la mejor salida: terminar con una ocupación que, sin lugar a dudas, no era mi vocación, pues no hallaba la forma de seducir a mis musas ni de convencer a mis héroes de papel.

En esos menesteres andaba cuando llegó mi madre y me pidió, de todo corazón, que retrasara el suicidio de mis aspiraciones literarias. Sus razones eran pocas, pero válidas: en esa semana no contaba con dinero suficiente para eliminar un proyecto más de los tantos que he tirado a la basura. Juiciosamente debía esperarme hasta la próxima quincena. Ya que entonces mi madre recibiría una tanda y podría facilitarme una cantidad onerosa, para emborracharme y borrar de mi memoria el incumplido deseo de escribir. Además, si permitía que llegara el día de la quincena, también podría obtener algo del salario de mi padre. Sumando las dos cantidades ya mencionadas, me alcanzaría para realizar un entierro decoroso de mi propósito

fallido. Terminé convencido de realizar una digna y profunda borrachera, como le correspondía al hijo primogénito de la familia.

Decidí hacer mi drama un poco más largo. Así que le expliqué a mi madre que no podía dejar pasar más tiempo para aceptar mi derrota como escritor. La angustia de no tener personajes para realizar mis ejercicios literarios no es tolerable, expliqué con mil palabras. Sin estos contrincantes no se puede entrenar bien, me quejé con grandes ademanes frente a mi progenitora. Son necesarios para tomar distancia, dije subiéndome a la mesa y con ganas de arrojarme desde esa altura, para caer al suelo y despedazarme para siempre. Se requerían buenos personajes, decía una y otra vez. Con ellos se puede afinar la puntería, pulir tácticas defensivas y llegar a ser un gran campeón, quise decir un gran escritor. Pero, como mi madre estaba bostezando ante mi perorata, comprendí que estaba desvariando ante su presencia.

—A cada rato la hoja en blanco me saca la lengua. No me tiene ni tantita compasión, se burla de mí. Lo único que pude hacer —dije—; fue aventarle un gargajo, pero no creo contar con suficientes desechos para todas mis cuartillas... Bububú... y lo malo fue que compré un millar... Bububú... ¡Qué estupidez...!

—Cállate y deja de llorar —dijo mi madre—. Lo que debes hacer es ponerte a ti mismo como héroe y de esta forma se acabarán tus problemas.

La idea me pareció descabellada en un principio. Pero, suicidar uno de mis propósitos cuando mis padres no tenían dinero, era más descabellado todavía. Además, mi necesidad de inventar historias era sincera. No tenía ni tantitas ganas de suicidar dicho anhelo. Si llegué a pensarlo, fue porque las circunstancias me obligaron. Conforme fui meditando lo que me planteó mi madre, a la idea le fueron creciendo unos cuantos pelitos. Finalmente, la idea descabellada de un principio terminó luciendo una tremenda y larga cabellera.

Después de quedar plenamente convencido, mi madre me invitó a cenar. Luego vimos juntos la televisión y, por último, nos fuimos a dormir. Al día siguiente comencé mis ejercicios literarios ya sin ningún contratiempo. Así me convertí en el héroe de todas mis aventuras. Claro, también aparezco como antihéroe. Esta es la razón de que algunas veces me llame Adán y otras responda por el nombre de Nada. De todos mis viejos planes, sólo extraño la presencia de alguna musa; pues las había soñado hermosas y dispuestas para elaborar cada una de mis historias. Dice mi madre, que está en todo, que no desespere por esa oportunidad. Ni Ana Karenina, ni Lolita, ni Madame Bovary, se hicieron en un rato. Desde luego que tiene razón. Si alguien sabe de historias y de mujeres, es ella, que de vez en cuando se asoma a mis cuartillas y me palmea la espalda con singular alegría cuando ve que llevo escritos más de dos renglones.

Jardín de Niños Alborada

Detrás del mercado Constituyentes de 1917, se encuentra el Jardín de Niños Alborada. La reja, pintada de varios colores, se cierra a las nueve, pero se vuelve abrir varias veces por aquellos niños que llegan retrasados. Las profesoras reciben a los pequeños a partir de las ocho. Los de prepi se aprovechan de los columpios y del sube y baja. Afortunadamente, miss Alicia pone orden para que los niños de los grados inferiores puedan jugar.

Después llega la hora de clases y suena una pequeña campana para que pasen al salón. El mobiliario es diminuto, al igual que los servicios sanitarios. Sus materias escolares incluyen inglés, español, matemáticas y, entre otras, cantos y juegos; la favorita de todos.

Los lunes realizan la ceremonia cívica. Unos pocos llegan tarde y se quedan afuera, porque el homenaje no se debe interrumpir. Realizan honores a la bandera que porta una escolta chiquita. Todos los niños saludan y entonan el

himno nacional. Los más pequeños apenas se están aprendiendo la letra, pero como ya se saben la tonada, entonces la tararean con gran emoción.

Por sólo tres pesos, los alumnos tienen derecho al lunch. Los alimentos son preparados por la señora Pina, de quien se dice que tiene amor en las manos, pues grandes y pequeños saborean sus platillos. El recreo es la aparición de los tiernos monstruos. Locas carreras, gritos salvajes, empujones de gran poder, los abrazos de las niñas que se quieren mucho, las burlas y los juegos en grupo. También están sus horas de aprendizaje. Las explicaciones, los ejercicios, las tareas revisadas, los trazos mal hechos de vocales y consonantes, pero realizados con gran esfuerzo. De salón en salón corren las preguntas de las profesoras y las respuestas, a veces incorrectas, gritadas por los niños a todo pulmón. Aparte de la enseñanza de los contenidos académicos, está la formación de hábitos: puntualidad, limpieza, cortesía. Explicados e inculcados por miss Gaby o miss Lety. Conductas que los padres, lastimosamente, seguido ayudan a romper.

La salida es a la una de la tarde. Mis Alicia, la directora, va llamando a los niños por el micrófono, cuando llegan sus padres. El alumno le da un beso y se despide de todos diciendo good bye. Algunos se van en coche, otros abordan el transporte escolar y los que viven cerca se van a pie, pero tomados de la mano de sus familiares. En medio de este gran mar de niños, hay una niña que se llama

Estelita. A ella no la recogen temprano. Desde las rejas observa cómo se alejan sus compañeros, mientras ella se va quedando solitaria, como una ola en una playa desierta. Ella come en el Jardín de niños Alborada. A veces la invitan a ver la televisión un rato. A veces hace la tarea con miss Sony y, en otras ocasiones, hace alguna travesura para no aburrirse. Mientras sus compañeros se van perdiendo en la distancia, el corazón de Estelita se va haciendo pequeño, hasta quedar tan pequeño como el diminuto pupitre donde se acomoda con su pena. El corazón de Estelita recobrará su tamaño normal cuando, unas horas más tarde vengan a recogerlas sus padres.

Marcas de omnipotencia

Cansado de escribir me acerqué a la obra. Caminé sigilosamente por entre las paredes y luego recorrí un tramo de escaleras, hasta llegar a la azotea. El firmamento no podía haber sido mejor descrito. Sobresalían las estrellas rutilantes sobre un manto negro. Lo observé por un momento, pero luego recordé mi cometido y me acerqué al personaje. Él dejó de ocultarse y vino hacia mí. Es un delincuente demasiado efectivo en sus fechorías, como para dejarlo escapar. Después de nuestros primeros diálogos, comprendí que también era muy bueno para discutir. Finalmente, decidí matarlo para no dejar hilos sueltos y, sobre todo, para que mis lectores no creyeran que abogaba por el triunfo de la gente deshonesta. Desde luego que él no se daba por vencido y esgrimía sus argumentos, sin soltar el arma que le había asignado durante sus crímenes.

Ya había cumplido su misión en la trama y había salido airoso en varios episodios más, donde algunos personajes pudieron acabar con él, pero prolongué su existencia.

En el fondo el delincuente estaba fascinado con su realidad y se auguraba mucho éxito en la ficción. Incluso me confesó que tenía algunas líneas para su historia, donde figuraba una mujer con la que pensaba reunirse al abandonar la azotea.

—Puedes escribir en la historia que no hubo ningún malhechor... —hice un gesto de desaprobación—. O señalar que los crímenes fueron soñados por alguien.

—No —le respondí agriamente, para que se guardara sus argumentos—; las escenas han sido escritas con sangre y con lujo de violencia. Además, hay cinco impactos de bala y coinciden con la pistola que tienes en la mano.

—Ni siquiera sabes el calibre de mi arma —dijo burlándose de mí.

—Eso no importa. Necesito narrar tu muerte y he pensado en un suicidio que pueda interpretarse como asesinato. Necesito una escena con tu cuerpo estrellado en la banqueta.

—¡No seas tan ruin! —dijo a gritos—. ¡Yo no quiero morir así!

Sus gritos no sirvieron de nada y, al ver que no había ninguna posibilidad de cambiar mi decisión, se echó a correr. Cuando estuvo un poco lejos, hizo una señal obscena con su brazo. Me imagino que tuvo la esperanza de sobrevivir a una caída desde un tercer piso. Quizá yo lo hubiera permitido, pero la ofensa que recibí rompió de tajo nuestras relaciones. Así que, mientras el personaje

llegaba a la cornisa de la azotea y se preparaba para saltar, yo aproveché para acrecentar el edificio con dos niveles más y ni siquiera tuve que mirarlo para confirmar su desgracia.

Sólo escuché que gritaba con fuerza, como si pudiera utilizar el grito de paracaídas. No le sirvió de nada. De todos modos, cayó hasta estrellarse contra la blancura de una cuartilla. Cuando recogí el cadáver, en lugar de poner la tradicional cruz con flores en el sitio del accidente, en memoria de tal suceso, escribí el punto final y cerré el capítulo.

Café con galletas de animalitos

Es diciembre y casi muero por la emoción de llegar a saludar a la abuela. Siempre me ha dicho que soy su nieto consentido y me encanta escuchárselo. Sólo que las noticias recientes de su persona me han causado cierto desaliento: tía Sera dice que doña Chenchá ya no tiene ánimos para vivir. Dos meses atrás, me comentó, se metió a la cama y que se dispuso a morirse en el catre. No comía, no hablaba con nadie, ni siquiera salía a hacer sus necesidades, ella que tan propia ha sido en esas cuestiones. Luego se le olvidó la idea, como se le han olvidado tantas otras. Una madrugada la encontraron trepada en un tronco, aventando puños de lodo a una de las paredes que no estaba totalmente enjarrada y por donde, en tiempos de Norte, se cuelan los malvados aires que le estropean la garganta.

Está bien que enjarre su casa, dice mi tío Locho, pero que no trabaje a las tres de la mañana, no son horas. A ella parece olvidársele todo, menos que debe trabajar. Y

con lo poquito que ve, ni cuenta se dará si es de día o de noche, ya su tiempo no tiene ni mañanas ni tardes. Sólo afectos y desaparegos para la gente. Así anda esa viejita encantadora, arrastrando sus miles de historias. Quiero verla en cuanto antes, porque nadie cuenta lo que ella sabe y nadie te pone un jarro de café, para que bebas sus relatos con esa tibieza que no viene del bracero, sino de su alma.

Pero, a pesar de mi deseo enorme, esta noche no he de llegar al rancho. Es diciembre y nos costó trabajo encontrar un autobús que nos llevara a Palmillas y, para colmo de males, la abuela decidió vivir de nuevo en La Coyotera, dos horas a pie o media hora si viajas en caballo. Ella no sabe que ya voy en camino. No le han dicho nada, porque unas vacaciones no pude viajar a verla y, como me estaba esperando, pasó todo el fin de año esperándome. Dice mi tía Conchita, que se le aflojó el moco de la tristeza. Por eso no puedo dudar de que soy su nieto más querido. Mi primo Mario me acompaña, mejor dicho, Mario me lleva al rancho y de paso irá a saludar a Chenchita. Para mí siempre será Chenchita, pero, como les digo, otros ya saben del desaparego que les guarda mi abuela. Pero, ya es noche. A duras penas, el transporte que conseguimos nos dejó a orillas de la carretera. A ver con quién nos quedamos, dice mi primo y caminamos al centro del pueblo. Por la calle principal nos vamos asomando a las casas, en medio de los ladridos, para ver que familiar está despierto.

En la primera casita que nos acercamos esperanzados se asoma la Sombra, ladra para imponer respeto y a cada ladrido levanta del suelo sus hileras de tetas desgastadas. Otra vez está parida. Los cachorros estarán amarrados en el potrero, para irlos acostumbrando a los solares que tendrán que cuidar. Detrás de los ladridos viene el tío Locho, con su chamarra enorme y con las manos en las bolsas. Cállate tú, le dice a la Sombra, y inmediato cesan sus ladridos. Se le acerca a las piernas para rozarlo con sus hileras de tetas deslechadas. ¿Quién vive? Pregunta tío Locho, aunque ya nos ha visto desde que salió de la casa. ¿O quién muere? Pregunta sin darnos tiempo a contestar y con las manos metidas en las bolsas de su chamarra. ¡Mayito...! Responde fuerte mi primo Mario. ¡Y Eddy...! Respondo también alzando la voz, para irle subiendo al tono de voz que usamos en el campo. No vaya siendo que tío Locho esté perdiendo el oído y en medio de la sordera nos ponga un plomazo. Porque el albur está en saber en cuál de las bolsas de la chamarra trae la pistola. Derecha, digo de inmediato, pues me parece que se ve más abultada. Izquierda, dice mi primo Mario para apostar como en tantas otras ocasiones. Pásenle, hijos. Saludo breve, pero nos obsequia un abrazo y una despeinada. Luego nos encamina hacia la casa, mientras el tío Locho vuelve a colocar la tranca de la puerta.

Oye, Serapia, échale más agua a la olla del café, que nos han caído visitas. La tía Sera nos abraza rapidito

y luego se dirige al fogón. No alcanzo a ver si, en efecto, le pone más agua a la olla del café, pero cuando vuelvo a mirarla, ya la olla está rodeada de fuertes y coloridas llamas. En menos de tres minutos el café estará hirviendo. No hay forma de saber si le puso más agua o si el café ya estaba preparado. Yo estoy vigilando al tío, para ver de qué bolsa saca la pistola, pero no muestra nada. Se acerca al tapanco y arrastra a la orilla un costalito de galletas de animalitos. Lo raja por una esquina y en un bote de un litro comienza a vaciar las jirafitas, los caballitos y los elefantitos que ahogaremos en el café caliente. Las figuritas se van hinchando por el calor del cafecito. No podemos beberlo porque sería como asesinar una parte de nuestra lengua y de nuestra boca. Puro fuego líquido, más que café caliente. La tía Sera nos ha puesto junto al jarro lleno de café y de galletas, una cuchara para ir rescatando las galletas de animalitos antes de que se aguaden y se desbaraten. Nuestras bocas se convierten en una deliciosa arca de Noé.

Ya hemos llenado tres veces nuestros jarros de café con esas deliciosas galletas, que sólo en el rancho se saborean de forma deliciosa. Y mi primo, deseoso de ganarme la apuesta le pregunta al tío Locho. Oiga, tío, ¿en cuál bolsa trae la pistola? ¿En la izquierda? No, chamaco, en esa no. ¡Uuuy, creo que te gané! Se me ocurre decir. Aquí no ha ganado nadie todavía, pero, ¿de cuánto es la apuesta? Veinte pesos tío, le respondo. Aprovecho el último chorrillo de café para echarle unas cuantas galletas más y remojarlas

con ganas. Mi tío me ve hurgando el fondo del jarro y rescatando las galletas infladas por el café y le dice a mi tía Sera que nos llene el jarro de nuevo. Estos chamacos traen hambre, dice. No, tío, mamá Helena nos puso mucho lunch, pero el café está resabroso. Ah, por cierto, dice Mario, todavía nos sobraron unos cuantos tacos. Se dirige a su mochila y le da a la tía Sera la servilleta que nos puso su mamá para el viaje. Todavía sobraron cinco tacos con tortilla de harina y rellenos de huevos con chorizo. Mi tía los calienta y nos pone a cada uno de nosotros otro taco y ellos se reparten uno completo y la mitad del otro. No tía, yo ya no quiero taco, mejor le sigo con las galletas. Así que me vuelven a servir de nueva cuenta más café. Mientras comemos, queremos aclarar quién ha ganado la apuesta.

Bueno, tío —dice Mario con la cuchara llena de galletas remojadas y a punto de meterla en su boca—, ¿quién ganó la apuesta?, ¿verdad que yo? No, nadie de ustedes ganó. La verdad, salí desarmado. La tengo debajo de la almohada. Uchis, dice mi primo Mario, yo quería ganarle la apuesta al Eddy. Pues los dos perdieron, dice mi tío, cuando se echa el último trozo del taco a la boca. No cabe duda, un taco paseado, como este lonchecito que traían ustedes, se vuelve más sabroso. Mi tía Sera también se termina el taco paseado y le dice a Locho. Ya, viejo, diles la verdad. ¿Cuál verdad? ¿Que las galletas de animalitos son del año pasado? El café sí es de hoy. No crean que también lo hicimos desde las vacaciones pasadas. No, diles la

verdad, díles quién ganó. Mario y yo también insistimos. Seguimos con el café y las galletas de animalitos, merendando sin prisa, saboreando cada animalito remojado en el jarrito y rescatado con la cuchara. La boca, ese inicio de la abundancia infantil, se abre anhelante.

Ya díles la verdad, de lo contrario no podrán dormir si no saben qué pasó con la apuesta. Ahora la tía Sera es la que insiste. Nosotros ya habíamos olvidado el asunto. Estábamos metidos en el café y en las galletas de animalitos. Cuando ella toca el asunto, ambos nos miramos de frente, pronto sabremos quién tendrá que pagar la apuesta. Está bien, mujer, con tal de que se vayan a dormir y salgan mañana muy temprano a encontrarse con su abuela. A los grandes ya no quiere vernos, dice que nunca le llevamos ninguna alegría. Pero, a los chamacos como ustedes, los reciben como si fueran ángeles llegados del paraíso. Bueno —dijo haciendo una pausa mientras se pasaba el trago de café—, en la izquierda... traigo una pistola. ¡Yujujuy!, exclamó mi primo Mario. Pero, antes de que dijera cualquier otra cosa, mi tío sacó la mano de la bolsa derecha con otra pistola. Y en esta otra tengo también otra cuetona. Entonces nadie ganó, dice mi primo Mario, pues nadie adivinó en que mano traía su pistola. ¿Verdad, tío? Me parece que no, dijo rascándose la nuca, pues no quería meter diferencias entre sus sobrinos. No, no, no, dije yo sacando del fondo del jarro los últimos restos de mis galletas de animalitos. Cuando me miran, me tomo mi tiempo y empino el jarro,

para que el último chorrillo de café se dirija a mi boca. Yo gané, tíos —hice una pausa mirándolos directamente a los ojos—. Mi primo Mario me debe veinte pesos. Achis, y ¿eso por qué? Porque yo aposté a que mi tío Locho traía su pistola en la bolsa derecha y ahí la trae, acabamos de verla. Pero en la otra bolsa también tiene una pistola... quiso argumentar mi primo, pero le tomé la delantera. Esa pistola es nueva, y yo hablaba de esa, la escuadra con la que nos enseñó a disparar. Jajajá, todavía recuerdo que la primera vez te puso de nalgas en el suelo, porque no le hiciste caso al tío y casi te vuelas la cabeza tu solito. En ese caso tienes razón, esta es la cuetona y siempre la traigo en la bolsa derecha. La otra, hará unos tres meses, me decidí a comprarla. Ya saben, las cosas se están poniendo muy peliagudas por acá... ¿De modo que te los llevabas al potrero y los ponías a disparar? dice tía Sera cruzándose de brazos. Nada más fue una ocasión, responde mi tío Locho y se pone a buscar alguna galleta en su jarro de café, pero ni tenía café ni le había puesto galletitas. ¡Válgame Dios! Exclama de nueva cuenta mi tía Sera. El año pasado apenas eran unos chiquillos que no podían ni levantar el machete y tú dándoles tremendo pistolón. Conque, si Mayito se vuela una pierna, tu hermana Helena viene y te come crudo. Pero no pasó nada, a Dios gracias. Como ya no tenía café en mi jarro ni galletas de animalitos, tuve que hablar: Solamente Mayito terminó de nalgas frente al mezquite y quedó medio sordo... enseguida suelto una risita nerviosa.

Nunca olvidaré cómo nos miraba mi primo Mario después del disparo. Mis tíos se apropian de mi risa y la convierten en una carcajada. Bendito sea Dios que se apiada de los angelitos. Bueno, mis hijitos, vayan a saludar a los nopales y enseguida a dormir. Yo me levantaré temprano para hacerles unas gordas gruesas con huevito verde. Se desayunan y les encargo que le lleven unas cuantas a la abuela Chenchá. ¡Qué linda es la tía Sera; prefiere la paz y nunca la guerra!

Salimos a orinar largo y tendido. Incluso nos quedamos con el pitilín al aire por un buen rato, para que se escurran todo lo que puedan. Ya sabemos que el café es traicionero y que las madrugadas de Palmillas son más frías que las cervezas de don Aarón Camacho. Así que más vale liberar de sus pesares a la vejiga, de lo contrario les dejaríamos a los tíos un catre muy perfumado. ¿Cuándo me pagas la apuesta? Le pregunto a mi primo Mario. Pues, si quieres de una vez, y me dirige el chorrillo que todavía le queda. Aprende a ser buen perdedor, le digo y también le apunto, pero ya no tenemos parque ninguno de los dos. Nos metemos a la casa, para acomodarnos en el catre y quedamos bien cubiertos por las cobijas.

En la mañana, Mario me paga apenas al abandonar el catre. Después del almuerzo y sin que nadie me vea, le entrego esos veinte pesos a la tía Sera. No quiere tomarlos, pero le digo que son para abonarle el café y las galletas del próximo viaje. Antes de irnos para llegar con la abuela

Chenchita, pasamos a La Cooperativa. Ahí le compro un paquete de café y una bolsa mediana de galletas de animalitos. Mi primo Mario dice que me estoy luciendo con el dinero que le gané en la apuesta, pero en realidad mis padres me dieron dinerito para comprarle algo de mandado a la abuela. (Cómprale harina, manteca y piloncillo). Me lo repitió varias veces mamá, pero yo agrego el café y las galletas de animalitos. Por las noches, cuando ella ponga la mesa, nos contará sus historias entre trago y trago de café. Algunas son tan terribles, que el espanto sólo se nos pasa con los traguitos de aguardiente que nos convida. Es muy buena para narrar las desgracias ajenas. De los otros me sé todo, dice, aunque en la familia también abundan aventureros y soñadores. Algún día espero contarles algo de lo que brota de su pico de oro. No recuerdo que me haya repetido alguna historia. A veces narra de la niña aquella que anduvo debajo de las metrallas de la revolución, o de la chiquilla que fabricaba comales y jarros para irlos a vender a Tula. Me emociona también los bailes con las diablas que tuvo su esposo, el abuelo Rufino o de los cinturones llenos de centenarios que su marido llegó a tener. También me gustan sus aparecidos del cementerio o los espectros que cuidan las cuevas llenas de tesoros. Sin olvidar a los canijos duendes y a las malvadas brujas, que terminaron por respetar a todos cuantos nacieron de su vientre. Pensando en esas historias y unas cuantas más que todavía no me narra. Agarro la mochila con el mandado y, con mi

primo a paso lento, tomamos la vereda rumbo a La Coyotera. Vamos silbando una canción de Cuco Sánchez: “De piedra ha de ser la cama / de piedra las cabeceras...”. Cuando se nos olvida la letra, retomamos El Cuerudo Tamaulipeco, para que el camino se nos acorte. Miramos hacia atrás y ya estamos lejos del corazón de Palmillas. Entonces aumentamos el volumen y, en medio de puros gritos desafinados, nos arrebatamos la voz. En medio del monte suena la noticia. “Dos palomas al volar / dejaron su palomar / en el olvidooo”. Pienso en las manos calludas de mi abuela, esas que no se queman cuando levanta la cazuela con los blanquillos fritos. “No pudieron regresar / y al fin de tanto volar/ encontraron nuevo nidoooo”. Qué dicha tan grande es tenerla. Lo pienso siempre y lo repito ahora. Cuando gusten, pueden visitarla. No duden que mi abuela Chenchita tendrá a la mano un buen jarro de café y unos cuantos puños de galletas de animalitos. Aparte de eso, yo siempre llego sediento de sus historias.

Índice

Los breves días de
Eduardo Villegas Guevara. *Prólogo* 17

PRIMERA PARTE

RECUERDOS BAJO LA NOCHE

El borrachito del camión 27
Los imposibles tacos de ojo 31
La magia del cuero viejo 37
El diario del gigante 49
El viejito del olvido 53
El peso de la soledad 57
Pequeños bajo la noche 61
¡Ya se amoló la cosa! 65
Bicicleta sin niño 69
Niños en la estación 73
El vochito blanco 79
Las preguntas del insomnio 83

SEGUNDA PARTE

MUJERES, SÚBITAMENTE AMADAS

Señora con caracoles en las piernas	87
El retrato de mi madre	95
Mujeres, súbitamente amadas	99
La mamita del mercado	109
Chiquilla a punto de dar a luz	111
Niña en el recuerdo	123
Hembras que caen en la oscuridad	127
La Palomita del Viejo Tejones	141
Musas de papel cansado	145
Jardín de Niños Alborada	155
Marcas de omnipotencia	159
Café con galletas de animalitos	163



Los breves días

Eduardo Villegas Guevara

Este libro se terminó de imprimir
el 30 noviembre de 2020,
se utilizó tipo de letra de la familia
Adobe Caslon Pro en 12 y 14 puntos.
Se imprimió en papel cultural.
Su tiraje fue de 800 ejemplares.



Los breves días de Eduardo Villegas Guevara es una ilusión que se reencuentra así misma. Por un lado, están las historias donde los personajes centrales son hombres de distinta condición; el niño, el adolescente, el hombre maduro y el anciano ante sus abismos. Una segunda mirada, quizá llena de desconcierto, resulta de los sucesos protagonizados por mujeres. Los relatos muestran una gran variedad de roles sociales: La hija, la novia, la esposa, la madre, la abuela y hasta la bruja misteriosa. Hombres y mujeres, además de mostrarse físicamente, manifiestan su papel dentro de la sociedad. Así, tenemos doce cuentos en la primera parte y otros doce en la segunda. Veinticuatro historias unidas por una prosa exacta, descripciones vitales y párrafos con sus ritmos bien meditados. La biografía del autor siempre ha estado marcada por el encuentro de la provincia y sus encantos, ante la ciudad donde abundan calles mágicas. En la brevedad de estas minificciones se concentra la sustancia de una vida perfectamente invertida en la esperanza. Recordemos aquel viejo dicho: “Lo bueno, si es breve; siempre resulta mejor”. Esta es la principal característica del libro: los detalles colocados con eficacia. La intensidad se reconoce en el tiempo tan prolongado en que estas historias se fueron escribiendo.

Arturo Trejo Villafuerte



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA

Tam
GOBIERNO DEL ESTADO

CULTURA Tam